

La Ilustración Artística



AÑO XXIII

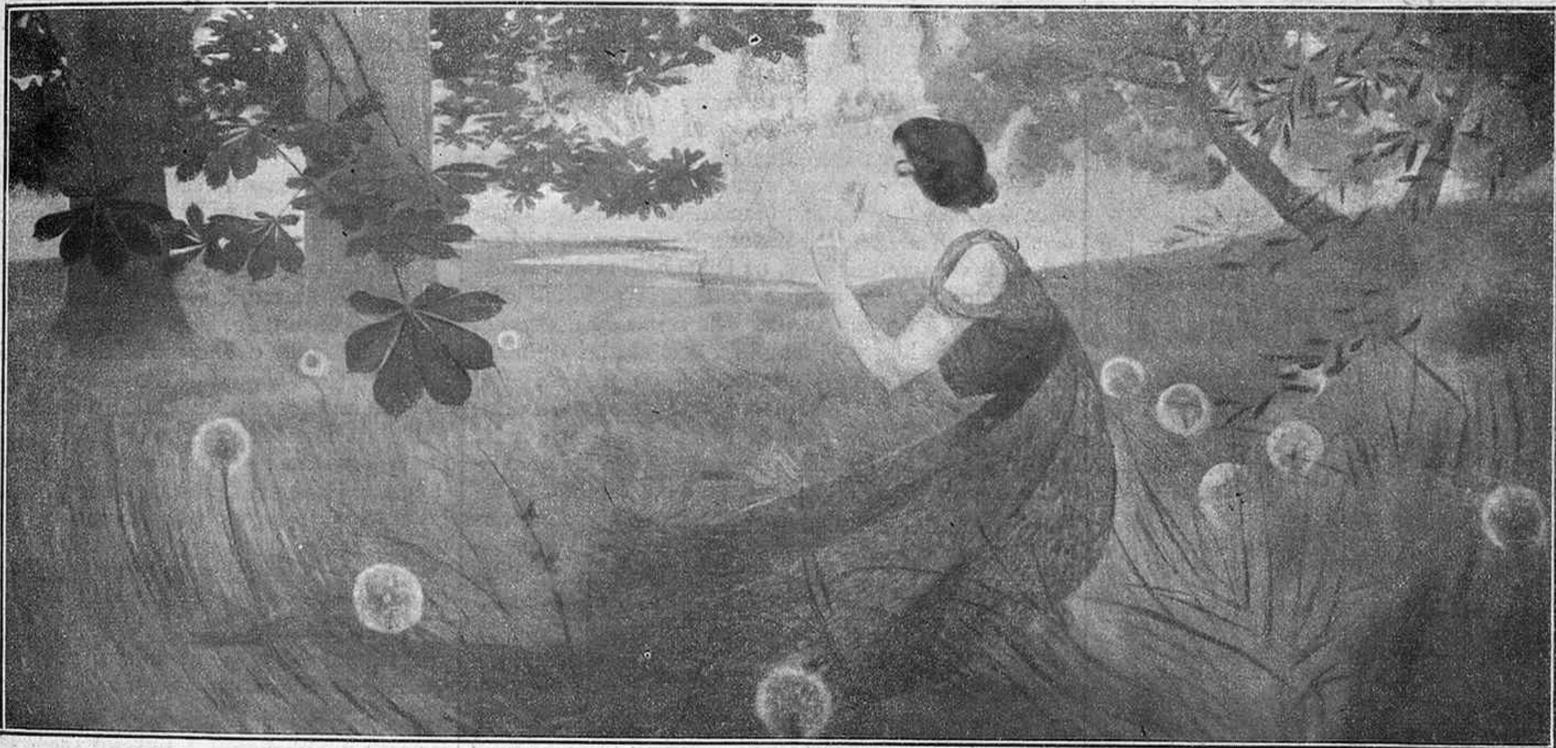
← BARCELONA 7 DE MARZO DE 1904 →

NÚM. 1.158

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SALÓN PARES.—ARTE MODERNO

Exposición de obras pictóricas originales de Luis Masriera y Rosés



La brisa del bosque, cuadro de L. Masriera y Rosés



La brisa del río, cuadro de L. Masriera y Rosés

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Cuentos del día. La mujer fuerte*, por Alfonso Pérez Nieva, ilustración de Mas y Fondevila. — *La guerra ruso-japonesa*, por X. — *Nuestros grabados. Salón París. Problema de ajedrez. La novela de un viudo*, original de Salvador Farina, con ilustraciones de B. Gili y Roig (continuación). — *La pesquería y el comercio de perlas*, por R.

Grabados.—*La brisa del bosque. La brisa del río*, cuadros de L. Masriera y Rosés. — *El almirante Makharof*, jefe de la escuadra rusa. — *Estudio*, escultura de F. Clarasó. — *El pan de cada día*, cuadro de Dionisio Baixeras. — *Músicos peregrinos en Nikko*, dibujo de F. Hohenberger. — *Un grupo de minas submarinas defendiendo la entrada de una bahía. Buques rompehielos sistema ruso para salir de los puertos helados. Un ferrocarril de campaña ruso cruzando un río helado. Bajo nieve, tierra y lienzo. En familia*, cuadro de L. Schmutzler, grabado por R. Bong. — *Fiesta de la Sociedad Colombista en el Tibidabo. Hebillas proyectada y modelada por Luis Masriera. La flotilla de barcos pescadores preparándose para partir. El delicado trabajo de perforar una perla se hace siempre á mano. Un pequeño montón de medio millón de ostras, parte del producto de una abundante pesquería. El comienzo de un collar de perlas. La cruz del Sur. La perla mayor que existe en el mundo. Una máquina de volar, que lo ha efectuado contra el viento.*



Almirante MAKHAROF, jefe de la escuadra rusa

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Para aficionado á contrastes, salir del Congreso en estos días de sesión borrascosa y pasarse un par de horas en un laboratorio como el del doctor Decref, donde se practican experimentos de radiografía y electroterapia.—Alrededor del santuario de las Leyes, una muchedumbre inquieta hierva y se apiña esperando la salida de algún diputado de la minoría republicana para seguirle y ovacionarle; óyense vocar «las nuevas aleluyas políticas» y corre de mano en mano un papel amarillo, exornado con monos de lo más chabacano, que pretenden tener intención y sólo tienen escatología burda; los agentes de orden público, erizados de bigote, torpes de gesto y huranos de actitud, dan vueltas y más vueltas á la manzana, preparándose á repartir leña; todos los que discurren por la vía pública quisieran estar allá dentro, donde se fragua el rayo; quisieran encontrarse envueltos en la caldeada atmósfera de las tribunas, donde sin cesar, bajo la amenaza de un ¡despejen!, se expresa con rumores y frases á media voz y hasta polémicas la impresión que el debate va suscitando, se enzarzan reprimidas discusiones, se manifiestan simpatías y antipatías, se echa fuera el torso para comerse con la vista á un orador de cartel.—No todo el mundo ha logrado la fortuna de obtener una papeleta; no todo el mundo tiene un diputado amigo, ó un amigo amigo de un diputado; y los que se quedan sin penetrar, sienten la inquietud de la curiosidad y el hormiguillo de la impaciencia. La vibración de los ánimos dentro se comunica á la calle, porque en el recinto no cabe ya; cual sucede en los Altos Hornos de Bilbao, el aire se enciende en radio mu-

cho más extenso que el horno mismo; la multitud se agolpa en torno del sitio donde suceden las cosas, como si fuesen de vidrio las paredes. Esperan que la efervescencia de la Cámara se transmita á la plazuela; que se grite al aire libre lo mismo que se gritó dentro del mal llamado hemiciclo; que al terminar la sesión venga el epílogo dramático y tal vez sangriento...

* * *

Os habéis pasado allí, en la abarrotada tribuna, la primera mitad de una de estas tardes ya de primavera, ya tan largas, que despiertan ansias de campo y de reposo; tenéis la ropa impregnada de olor á tabaco—porque se fuma á tutiplén en cada rincón del santuario, y hasta en el propio salón de sesiones, detrás de los biombos;—en la boca se os disuelve el último caramelo; en el cerebro os flotan cláusulas del último discurso; la fiera invectiva, la réplica intencionada, todavía suenan en los oídos; aún veis el gesto trivial ó noble, mezquino ó grandioso, elegante ó grosero, del que estaba en el uso... ó en el abuso de la palabra; el tilinte de la campanilla presidencial os persigue todavía al través de los pasillos, y no estáis seguros de no oírla mientras bajáis la alfombrada escalera; al poner el pie en la calle encontraréis el tumulto, la ansiedad de las caras que parecen preguntaros qué ocurre y si arde de una vez, incendiado por la elocuencia, el gran templo de la burguesía triunfante... Pero ya el coche arranca y se interna por la red de callejas entretejida á espaldas del edificio de las Cortes; ya nos encontramos en otro Madrid silencioso; ó por lo menos normal en su tráfigo, con transeúntes de capita ó blusa en las aceras, que requiebran á las modistillas y se paran ante las administraciones de loterías soñando y eligiendo el bonito número; con carretas descomunales que obstruyen el arroyo y os detienen cinco minutos en contemplación forzosa de un ensangrentado costillar de vaca ó de un ternero sacrificado; con mendigos tercos, que os refieren una historia de lágrimas, y si no soltáis los cinco céntimos, os hartan de maldiciones; con guindillas refugiándose en el más próximo establecimiento, á fin de disfrutar una mija de descanso, que no es de hierro el hombre; con chulas de mantón y cursis de abrigo guarnecido de piel de gato; con niñeras á quienes siguen los pasos desmedrados soldadillos; con algún tío de manta llegado ayer de Tierra de Brutos de Arriba, y á quien acecha el avisado timador; con el aspecto, en una palabra, peculiarísimo de la capital... El coche revuelve y se interna en la calle del Barquillo, á trozos ahogada y estrecha, á trozos de mejor respiración; y donde se prolonga, convirtiéndose por rebautizo en calle de Fernando VI, al lado de un palacio en construcción que da, entre la edificación sin carácter y sin tendencias de Madrid, la nota de un modernismo alegre y refinado, se para el vehículo y dentro de breves instantes nos encontramos en el gabinete del conocido médico.

* * *

En un ángulo del despacho aguarda un hombre. Viste humilde traje de obrero—de obrero casi en la miseria.—Es pequeño de cuerpo, feo de rostro; lleva la barba descuidada y apagado y triste el mirar. Es un abrumado por el peso de la suerte. Cuando se incorpora, veo que cojea, de una de esas cojeras inutilizadoras, absolutas, que no parecen defecto de una pierna, sino de todo el organismo. Renquea, se arrastra. Con él ha venido el médico forense, para confirmar, por medio de la radiografía, un diagnóstico, del cual depende que la lesión del obrero sea ó no considerada accidente del trabajo y se le otorgue ó no la indemnización que señala la ley. Y al salirme al paso este episodio aislado y sencillo de la lucha económica, se me viene á los labios una frase de la novela *Resurrección*: «Este sí que es el mundo, el verdadero mundo.»

En efecto, la realidad de un sufrimiento ignorado y en el cual nadie para mientes, de una existencia rota y destruída, de un ser que no puede ya ni demandar al trabajo el duro pan, obliga á pensar no poco y remueve capas de sensibilidad dormida. ¿Dónde queda el vocerío del Congreso? ¿Qué dolores ó qué daños gritaban por boca de los oradores? Bajo aquella cólera centelleante en los escaños, tan presto extinguida en los pasillos, ¿qué carne de verdad palpita y sangra? ¿A qué respondían los encuentros entre unos hombres que se sientan á la izquierda del presidente y otros que se sitúan á su derecha, detrás del banco azul? En el destino del obrero á quien acaban de extender sobre el lecho de operaciones radiográficas, colocándole bajo la pierna enferma la

caja de madera con fondo de plomo que encierra el cliché, ¿qué influencia pueden ejercer las brillantesces de palabra del uno, las habilidades de consumado actor del otro, las flechas aceradas de aquél y los disparos con bala rasa de éste? Si la ciencia no interviene y no toma cartas en el asunto, el obrero inválido no tendría más remedio que echarse á la calle, no al olfato de la revolución, sino aceptando la degradación moral que con tanta frecuencia determina el pordioseo.

* * *

Cinco minutos después—el tiempo que tarda en impresionarse la placa,—en la de mi mente se cambiaron las imágenes y se transformaron los pensamientos. El dolor que tenía presente y que acaso únicamente por eso me conmovía, fué á sumirse, á desaparecer entre la enorme extensión árida del dolor universal. Y el mismo dolor, en aquella forma, dejó de parecerme tan terrible. Fértil como ninguna la cosecha de males y tribulaciones que agobian al género humano, la ciencia recoge y destruye algunas espigas malditas, el arte vela y encubre con su red de perlas el resto. El que ha conseguido escuchar en el Congreso palabras mágicas y períodos rotundos, ó siquiera imprecaciones artísticamente dichas, no recuerda el mal durante una hora.

* * *

Por ahí repiten que el espectáculo de la Cámara ha sido estos días escandaloso. Todo es relativo, que decía el gracioso pedantón de Moratín. Se ha gritado, sí, señor, se ha gritado, y fuerte; pero á mí me aseguró gente que ha asistido á la Cámara francesa y al Parlamento inglés, que allí se gastan puños como mientes. Me refirieron que un inglés, desconocedor por completo de nuestro idioma, quiso no obstante presenciar una sesión del Congreso. Diéronle su correspondiente papeleta, y el britano, enemigo de hacer á medias las cosas, entró cuando en el recinto no había una mosca y salió cuando volvía el recinto á quedarse en la misma soledad por retirarse el último diputado. Preguntáronle después si no se había aburrido oyendo hablar y discutir tanto sin entender jota. «Nada de eso—respondió.—Al contrario: me he divertido muchísimo y he pasado un rato delicioso. Para ello me ha bastado mirar cómo accionan y gesticulan vuestros oradores. En el Parlamento inglés se habla sin mover el cuerpo ni desenfundar las manos de los bolsillos, como no sea para pegar un puñetazo. Aquí expresan tanto con la mímica, que yo, si no he comprendido exactamente cuanto se dijo, por lo menos me forjo la ilusión de entenderlo y hasta de saborearlo.»

Así opinaba este extranjero, más indulgente con nosotros que nosotros mismos; caso frecuente y en especial cuando se trata de aspectos peculiares de nuestra nacionalidad y nuestra raza. Del cuadro de nuestro Congreso extrajo el benévolo insular la particularidad más simpática y bella: el arte en el gesto. Si entendiésemos, alabaríamos otras muchas cosas que, estéticamente entendidas, también merecen loor.

* * *

La oratoria política, sin embargo, se transforma. De aquellos magnos discursos de otros días sólo queda el recuerdo. Eran arengas que consumían una tarde y á veces quedaban en suspenso hasta la siguiente. En mitad de su tarea, el orador se interrumpía, pidiendo se le otorgasen diez minutos ó un cuarto de hora de bien ganado descanso. Mientras, entre apretones de mano y felicitaciones, se enjugaba el sudor de la frente—sombra ilustre de Castelar, ¡cómo te alzas en mi memoria!—la Cámara, recobrando el aliento interrumpido y suspenso momentos antes para no perder sílaba de la peroración, rompía en alto murmullo formado de mil conversaciones, y era su zumbido el de la colmena arremolinada. Transcurrido el tiempo reglamentario, como por virtud de un conjuro—el conjuro de Orfeo—aquietábanse de golpe las discusiones, ocupaba su escaño cada cual, y el discurso reanudaba su esplendorosa cinta flexible recamada de pedrería. Actualmente, si los corifeos se creen en el caso de endilgar su discurso por temporada, hay que convenir en que procuran abreviar lo posible. Sienten—con su instinto de artistas, más certero que el de gobernantes—que estamos en la época de las guerrillas: que las ligeras escaramuzas y los movimientos dedicados á molestar al adversario y á quebrantarle cada día un poco, son la táctica de moda, y que en la oratoria se ha infiltrado el género chico también.

EMILIA PARDO BAZÁN.



De cuando en cuando se acerca de puntillas á la puerta de la alcoba...

Cuentos del día.—La mujer fuerte, por Alfonso Pérez Nieva

I

Junto á una ventana, gozando de la vista que ofrece el jardín de un hotel de enfrente, sentada en un viejo butacón de gutapercha, una señora entrada en años. Tiene un brazo en cabestrillo y una pierna estirada, rigidez que no deja lugar á dudas: está paralítica de un lado. La estancia es modesta de mueblaje, pero muy aseada. La campanilla suena y entra una joven sonrosada y recia, de rostro abierto y decidido. Acaba de caer un chaparrón y trae el impermeable empapado. Desde luego se adivina en el porte extranjero de la muchacha á la institutriz.

SEÑORA.—Por la hora que ha caído ese chubasco me figuré que te había cogido, Luisa.

LUISA.—Antes calculé yo que me mojaba. La mañana ha estado cubiertísima y con las nubes encima de los tejados (quitándose distraídamente el impermeable).

SEÑORA (mirando con interés á su hija).—Mala cara traes hoy.

LUISA.—Calculáte lo que significa en nuestra situación quedarse sin dos lecciones. Una de las niñas se marcha de Madrid y la otra ingresa interna en un colegio. Pensaba ocultarte la mala noticia, pero como á la postre el día del cobro habrías de haberlo advertido, he preferido dártela ya que se presentó ocasión.

SEÑORA.—¡Pero dos lecciones menos para nosotros es la ruina! (Con angustioso acento.)

LUISA (con desenfado).—¡No te apures! Ya vendrán otras. Dios aprieta, pero no ahoga. (Reparando en un papel blanco garrapateado que hay sobre la camillita de la habitación.) ¿Qué es eso? ¿Ha venido el médico? Un tónico específico que costará un dineral.

SEÑORA.—¡Bah! No lo compres.

LUISA.—¿Que no lo compre tratándose de ti, madre? Esta misma tarde lo tienes en tu poder. Trabaja más. Por fortuna, la vida que llevo de trotar por las calles será muy perra, pero me sienta divinamente. ¿Y no ha venido nadie más?

SEÑORA.—Únicamente...

LUISA (con tristeza).—D. Jerónimo, el agente de negocios.

SEÑORA.—Lo has acertado. Ha venido á hablarme para que yo interponga mi influencia para contigo y le hagas caso. ¿Querrás creer que me ha pedido solemnemente tu mano?

LUISA.—De sobra sabes cómo pienso.

SEÑORA.—Pues es para él una puñalada. En fin, no pretendo en modo alguno contrariar tu inclinación. Cuando me pregunte si te hablé, le participaré tu negativa. Sobre simpatías no hay nada escrito.

LUISA.—Antipático no me es; sólo indiferente. ¡Luego me dobla en edad! (Coge la receta, que dobla y guarda en un tarjetero de piel oscura.)

SEÑORA (incorporándose).—¡Ay! No encuentro ya postura. El tiempo húmedo me sienta peor. El médico me lo ha dicho: «El clima de Andalucía la probaría maravillosamente.» ¡Disparate! Es como cuando aconsejan á un albañil que coma carne. (El rostro de la enferma se contrae con un exacerbamiento de dolor.)

LUISA.—¡Pobre mamá!

II

Luisa escribiendo una carta en su cuarto, ante un veladorcito con tapete. De cuando en cuando se acerca de puntillas á la puerta de la alcoba, escucha un instante y vuelve á tomar la pluma. Son las ocho de la mañana de un día de invierno.

LUISA.—Duerme tranquila (cambiando el sentido de la frase) ¡y duerme tranquila, madre mía! En mi mano está tu alivio, tu reposo, y no ha de faltarte. ¡Bien sabe Dios que no hay en mi decisión ni sombra de egoísmo! Dura, durísima es la vida que llevo soportando por esas calles el frío y el agua, mas no me pesa. ¡Pero si hasta eso se acaba, Virgen Santa! ¿Qué hago yo con una impedida que tantos cuidados necesita y una sola lección de francés que no nos da ni para comer? (Pausa. Esconde el rostro entre las manos, llorando en silencio. Al cabo de unos minutos seca su llanto y prosigue la carta empezada.)

«Se lo repito. A usted debo de hablarle como no hablaría á otro, por lo mismo que creo en la sinceridad de sus pensamientos y por lo mismo de mi situación excepcional. Me debo á mi madre impedida, que necesita de todos mis cuidados, de mi vida entera, y sería en mí un egoísmo inmenso ligar una persona más á nuestro infortunio. He ahí mi última y definitiva palabra. No puedo casarme con usted.»

(Arrencia su angustia, entre la que firma y cierra su carta, poniendo al sobre la dirección. Un instante permanece inmóvil.)

Y sin embargo, amo á este hombre con todo mi corazón. ¡Pero si el infeliz es tan pobre como nosotros! No hay más remedio. Esta misma noche contesto á D. Jerónimo concediéndole mi mano. ¡Que sufra yo, pero que no sufra mi madre! (Coge el sombrero de sobre una cómoda, se acerca otra vez á la alcoba acechando un segundo si su madre descansa, y requiriendo la carta, se marcha á cumplir su obligación.)

III

Ha transcurrido un año. Luisa es ya la señora de D. Jerónimo López, el agente de negocios, y pasa el invierno en Málaga, en un hotelito á la orilla del mar, del camino del Salo, rodeado de flores abiertas en pleno invierno. Acompañando á su madre lleva dos ó tres meses en la dulce ciudad, que sienta á maravilla á la enferma.

LUISA (cuidando de que la criada que empuja el cochecito de su madre lo deje bien al sol, abrigado de la brisa y sin embargo á la vista de la playa).—¿Aquí?

MADRE (bebiendo con delicia el aire de la mañana).—¡Aquí! ¡Sí! ¡Qué día tan espléndido y qué clima tan hermoso!

LUISA.—Superior al de Niza. Y que te ha sentado admirablemente.

MADRE.—¡Gracias á tu abnegación! (Enterneciéndose.)

LUISA (ahogando á su vez su emoción repentina).—¿A que se van á volver las tornas riñendo la hija á la madre? No faltaba más sino que fueras á entriste-

certe ahora en medio de esta inmensa alegría.
MADRE.—Has nacido para ángel.

LUISA (sonriendo).—Sólo que me he quedado á la mitad del camino. ¡Vaya, hablemos de otra cosa! Mira esa nube de humo en lontananza. Es un vapor que pasa. (Suenan el timbre de la puerta del jardín.) Debe de ser el cartero. (La doncella trae, en efecto, una carta, que Luisa abre y lee.) Es de Jerónimo y cariñosa como todas las tuyas. ¡Es bonísimo!

IV

La dicha es breve. Ya lo dijo el poeta francés: el espacio de una mañana. Dos años han pasado, habiendo muerto en su intervalo la madre de Luisa de una complicación cardíaca cuando menos podía esperarse, por extraño sarcasmo de la suerte, en pleno contento. Pero estaba escrito que la pobre muchacha no se quitara nunca la toca de hermana de la caridad. Ella y su marido salen de ver á un especialista en enfermedades de los riñones.

JERÓNIMO (llamando á un simón, al que sube con Luisa después de darle las señas de su casa).—Ya lo has oído. Esto es largo, muy largo, y necesita unos cuidados exquisitos.

LUISA.—Pero no es grave.

JERÓNIMO.—También lo oíste. ¡Por ahora no! Ése por ahora es sencillamente un atenuante compasivo. ¡Quiere decir que la enfermedad continuará su obra destructora! No lo dijo, no, es decir, no lo dijo con la lengua, pero lo expresó con la cara, á la que creo más.

LUISA.—¿Pero por qué esos pesimismo? Las enfermedades de las vísceras se curan acudiendo á tiempo.

JERÓNIMO.—Y eso es lo que yo precisamente no sé, ni con fijeza lo sabe nunca el médico; créelo. Juzga por inducciones. La medicina es un puro instinto.

LUISA.—No hay forma de convencerle. Lo que es que, á pesar de tus pretensiones de hombre despreocupado, eres un aprensivo terrible.

JERÓNIMO.—El tiempo dirá quién se equivoca. Mientras, agradezco tu buen deseo. Hemos llegado.

V

En Recoletos. Luisa de medio luto, resaltando su delicada figura de aristocrática distinción su vestido de

primavera. Bajos los ojos, escucha á un joven de barba negra que la habla con animación, pero con respeto, andando á su lado.

su repulsa, que mi amor no había dejado de repercutir en usted. Pero su madre impedida necesitaba lo otro. Hizo lo que debía. Conozco á fondo lo que usted ha pasado. Hoy es usted libre y yo soy abogado y gano dinero con mi bufete. ¿Quiere usted ser mi esposa?

Luisa se estremece al oír esta brusca proposición y mira un instante la leal fisonomía de quien le dirige la palabra, y en seguida, decidiéndose, contesta con agradecido acento, tendiendo la mano al joven.

LUISA.—Mañana á las dos vaya usted á hacerme esa misma petición delante de mi cuñada, con quien vivo. Y ahora separémonos.

VI

Luisa y Juan efectuando su viaje de novios en un departamento de primera.

JUAN.—Todo te lo mereces, porque has sido la mujer fuerte de la Sagrada Escritura.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

ESTUDIO

ESCULTURA DE ENRIQUE CLARASÓ

El bellissimo estudio en mármol ejecutado por Enrique Clarasó, es otra galana muestra de las aptitudes de este distinguido escultor, cuya característica es hoy el sentimiento y el desarrollo de temas y asuntos que entrañan un concepto que dignifique la obra, ya responda á la creencia ó bien á la manifestación de nobilísimos afectos que radican en el hogar y en la familia. Bien haya el artista que en tales ideales se inspira para producir obras tan bellas cual la que reproducimos.

EL PAN DE CADA DÍA,

CUADRO DE DIONISIO BAIXERAS

Si pudiéramos ver reunidos los cuadros que ha producido este laborioso pintor catalán, tendríamos bellamente representados los tipos, costumbres y situaciones de los pescadores y gente de mar de nuestras costas, con tal fidelidad y exactitud que puede afirmarse son trasunto del natural. Bajo este concepto es uno de los artistas á quien más debe Cataluña, y como pintor, uno de aquellos que con sus obras honra á la tierra que le vió nacer.



Estudio, escultura de E. Clarasó

LUISA (con timidez).—Por Dios, sea usted breve. No me gusta llamar la atención, Juan.

JUAN.—Brevísimo. Tengo la creencia de que cuando se siente mucho se habla poco. Pues bien, Luisa. Hace seis años respondió usted á la declaración de mi cariño con una nobilísima carta que me sé de memoria, tanto la he leído. En ella adiviné, á través de

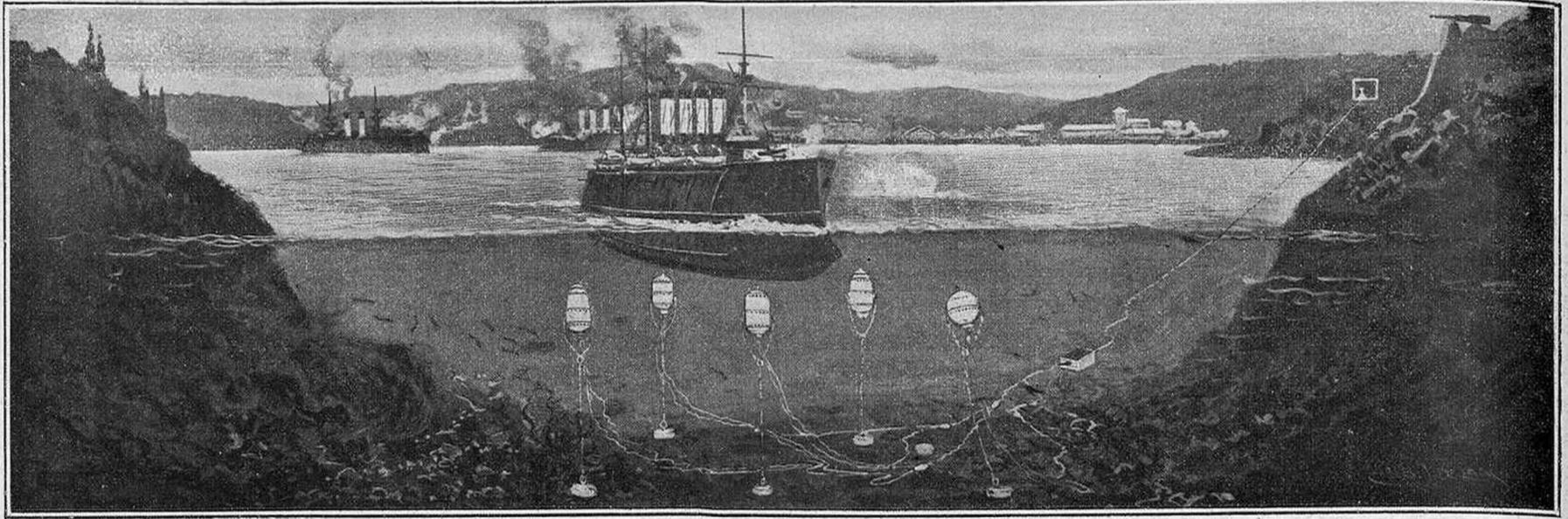


El pan de cada día, cuadro de Dionisio Baixeras



JAPÓN PINTORESCO.— Músicos peregrinos en Nikko, dibujo de F. Hohenberger

Estos peregrinos hacen voto de pasar la vida errando por las ciudades santas del Japón y se sostienen tocando la flauta y el *samisen*. Es de notarse el extraño y tupido velo que descende de su peinado en forma de columna



UN GRUPO DE MINAS SUBMARINAS DEFENDIENDO LA ENTRADA DE UNA BAHÍA

La entrada de los puertos militares se defiende casi siempre hoy en día por medio de grupos de minas ó torpedos fijos, que son unos receptáculos metálicos, propios para contener una gran cantidad de materias explosivas. Generalmente llevan lo que se llama cabeza de contacto. Si un barco que trata de penetrar en un puerto toca con esa cabeza de contacto, la carga del torpedo explota. Otras veces se les descarga desde tierra por medio de alambres eléctricos. Ve, el que está de guardia, que el buque que se aproxima se halla ya sobre ó muy inmediato al torpedo, pero sin tocarlo; oprime un botón y la mina estalla, sin necesidad de que se haya tropezado con la cabeza de contacto.

LA GUERRA RUSO-JAPONESA

De poca monta son los acontecimientos ocurridos desde nuestra crónica anterior. No ha variado en lo esencial la situación de los beligerantes. Los japoneses procuran acrecentar los desembarcos, inutilizar los elementos navales de que disponen los rusos y afirmarse en Corea, sin perdonar medio para atraerse á los chinos con el propósito de hacer difícil la dominación de los moscovitas en la Mandchuria. A contrarrestar tales manejos tienden los esfuerzos de los rusos, según lo atestigua la proclama del almirante Alexeief, que, redactada en idioma chino, se ha fijado profusamente en todas las ciudades y villorrios de la región mandchuriana. Oportuna ha sido la resolución adoptada, puesto que además de explicar clara y concisamente las causas originarias del conflicto, determina los beneficios y ventajas que para aquel país representa la existencia del ferrocarril transiberiano como elemento importantísimo para el desarrollo comercial y fomento de la agricultura, invitando á todos los habitantes á procurar su conservación.

El procedimiento adoptado por el delegado imperial es de indiscutible utilidad, puesto que ha de influir necesariamente en la masa del pueblo á pesar de su atraso, simplificando á las tropas rusas el difícil cometido de defender una vía tan extensa cual lo es la del ferrocarril. Esto no obstante, preciso será que el ejército ruso destine un numeroso contingente á su defensa, ya que además de las irrupciones de los boxers, han de precaverse los ataques de las partidas mandchús, fomentadas asimismo por los agentes japoneses, interesados en quitar á los rusos el lazo que los une á la metrópoli y por el cual reciben diariamente refuerzos, recursos y elementos de todo género.

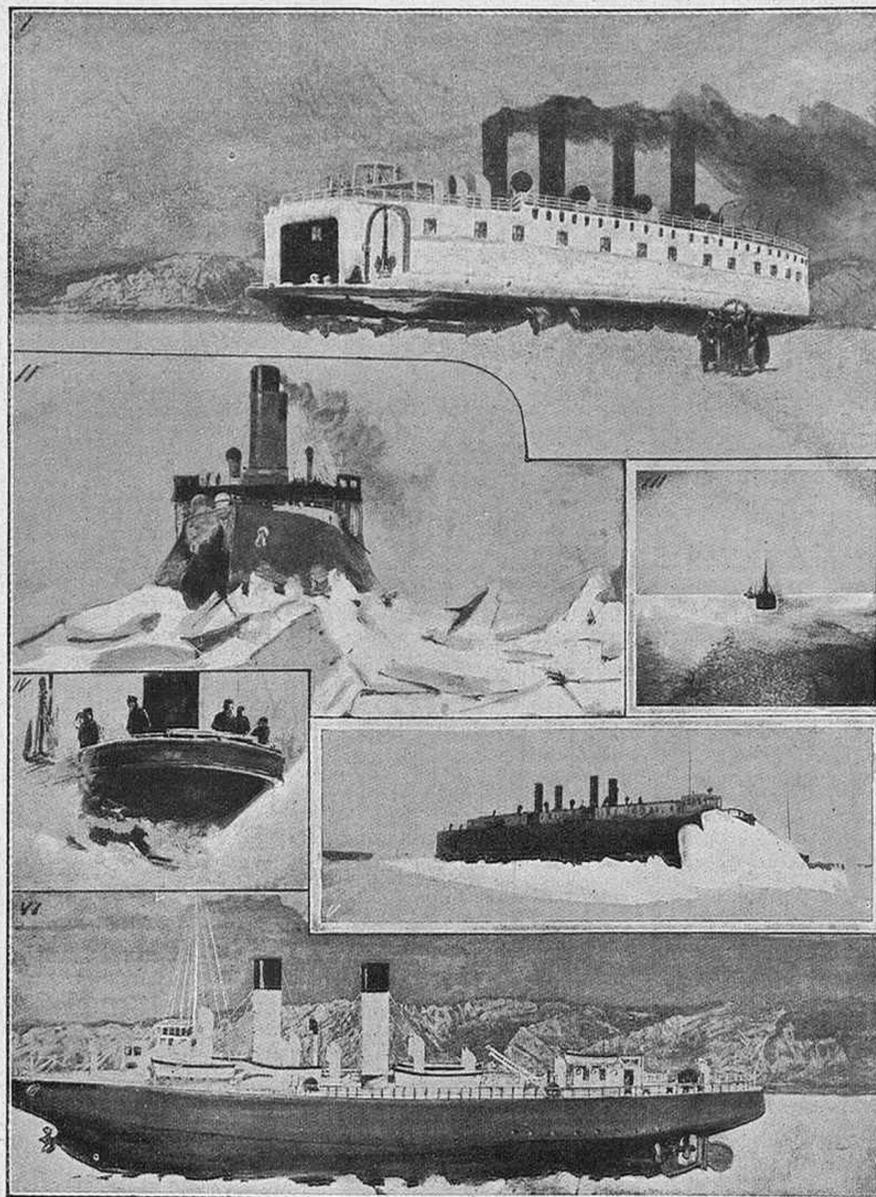
Chémulpo y Gensán, puertos coreanos, continúan recibiendo los batallones del ejército territorial japonés, que rápidamente ha invadido Corea, se ha hecho dueño de la dirección de aquel Estado y en él domina cual si fuera una de las provincias del imperio del Sol naciente. De suerte que, sin autorización ni asentimiento del soberano de aquel país, han prescindido de su condición neutral y se organizan y solidan cual si se tratara de un territorio conquistado.

A la confianza de que dieron muestra los rusos ha substituído la actividad y la previsión. Diariamente transporta el ferrocarril transiberiano tres mil soldados que van á engrosar los cuerpos de ejército que se encuentran en Karbin, Mundkden y á orillas del

Yalu. Los víveres y municiones, material sanitario y todos los recursos que precisa un ejército compuesto de más de trescientos mil hombres, que á tal número asciende el que han reunido en la Mandchuria, lle-

suscripciones con importantes donativos. Asaz interesante es la lectura de las noticias procedentes de las grandes ciudades moscovitas, puesto que todas ellas reflejan el levantado espíritu que anima al pueblo ruso, atento en estas circunstancias á cuanto pueda contribuir al bien de la patria.

En la noche del 23 al 24 del actual, sigilosamente y en igual forma que la empleada hasta el presente, intentó la escuadra japonesa una nueva sorpresa atacando á Puerto Arthur, que no pudo realizar gracias á la vigilancia ejercida por los rusos y á la energía con que repelieron la agresión. El ya famoso acorazado *Revitzan*, que al romperse las hostilidades se supuso había quedado inutilizado por los torpedos lanzados por los buques japoneses, fué el primero en darse cuenta del peligro y el primero también en romper el fuego, secundado inmediatamente por el *Novick*, el *Diana*, el *Pallada*, el *Askold* y el *Petropaulovsk* y las baterías de la plaza. Parece ser que el almirante japonés Togo se propuso inutilizar la acción de la escuadra rusa cegando la entrada del puerto con el mismo ó análogo procedimiento que el que emplearon los norteamericanos en Santiago de Cuba. A este propósito destacó cinco grandes transportes cargados de materias explosivas, que convoyados por la escuadrilla de torpederos, se dirigieron á la boca del puerto y á los grandes buques anclados en la rada para lograr incendiarlos, sin perjuicio de hundirse en el lugar indicado para interceptar el paso. A juzgar por el contexto de los despachos oficiales publicados por el gobierno, no logró el enemigo realizar el proyecto, ya que los proyectiles rusos acribillaron sus barcos y se sumergieron antes de llegar á la entrada. Parte de las tripulaciones se salvaron en las chalupas, después de sufrir grandes penalidades, retirándose los torpederos, que se unieron al grueso de la escuadra, que á gran distancia aguardaba el resultado de la operación. En los primeros momentos afirmó el gobierno del Mikado haber logrado cuanto se proponían; pero las noticias posteriores, aun aquellas que proceden de Tokio, dan lugar á comprender que la intenciona no ha sido cuando menos tan provechosa como esperaban. Se trata, pues, de un mero incidente, que no ha tenido otras consecuencias que las relatadas, sin que haya influído en la situación de los beligerantes, ni haya quebrantado sus fuerzas. De todo ello se deduce una sola consecuencia por lo que atañe á los japoneses, cual es la de procurar la inacción de la escuadra rusa y poder operar libremente en el mar, conduciendo tropas y material á los puertos



BUQUES ROMPEHIELOS SISTEMA RUSO PARA SALIR DE LOS PUERTOS HELADOS

1. Barca de vapor rompehielos, en que cruza el tren del ferrocarril el lago Baikal. El tren penetra atrevidamente á bordo del vapor ocupando el sitio bajo la cubierta. El área, relativamente pequeña, de hielo fracturado está señalada en el grabado por la gran proximidad á que con toda confianza está situado el trineo tirado por un caballo.
2. El buque más potente del mundo, el vapor rompehielos ruso *Ermack*, funcionando.
3. Lo que vale el *Ermack*: buques detenidos por los hielos, navegando por un canal abierto por dicho rompehielos.
4. Rompiendo el hielo: la proa de la barca en que cruza el lago Baikal el tren del ferrocarril durante su tránsito por el lago helado.
5. Barca de vapor rompehielos americana en Sault Sta. María.
6. Modelo del *Ermack*, en el que se ve la colocación de sus motores, uno á proa y tres á popa.

gan de continuo, ya enviados por el gobierno imperial, ya por los particulares. El entusiasmo crece en todo el imperio, y todas las clases muestran especial empeño en dar fehaciente testimonio de su patriotismo, alistándose como voluntarios ó engrosando las

ligeros, ni haya quebrantado sus fuerzas. De todo ello se deduce una sola consecuencia por lo que atañe á los japoneses, cual es la de procurar la inacción de la escuadra rusa y poder operar libremente en el mar, conduciendo tropas y material á los puertos

coreanos. Mas como hasta este momento desconócense los propósitos que persiguen los rusos, entregados actualmente á la defensiva, difícil es adivinar si los caudillos japoneses desarrollan un plan que pueda reportarles la victoria. Esto no obstante, y sea cual fuere el de unos ú otros, los repetidos ataques de que es objeto Puerto Arthur han de aleccionar á los rusos, pues podría darse el caso de que el almirante Togo lograra interceptar la entrada del puerto, y entonces sería un hecho el embotellamiento de la escuadra rusa.

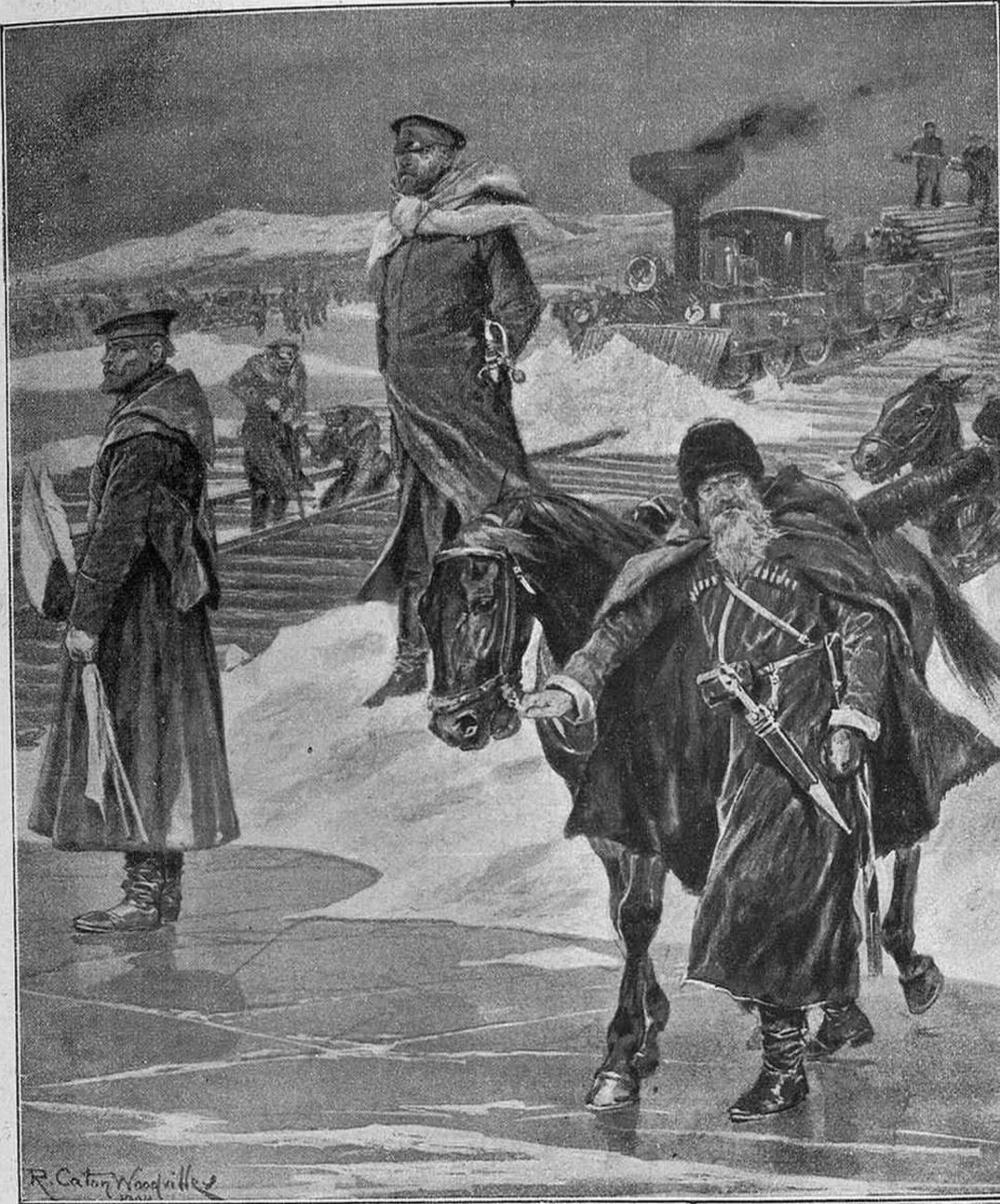
Las afirmaciones del gobierno de Tokio han de modificarse con motivo de

luego repeler un ataque terrestre, caso de que el enemigo lograra desembarcar un numeroso contingente en las inmediaciones.

Rusia considera necesario el sostenimiento de la plaza, y si los elementos que ha acumulado no lo demostraran, bastaría para convencerse de ello la lectura de la orden del día que ha dictado el gobernador de Puerto Arthur, general Stoessel. En dicho documento, después de consignar que el honor nacional exige la defensa de la plaza, asegura que todos los defensores sucumbirán antes que rendirla. Algunas escaramuzas sin importancia han tenido ya lugar en la frontera de Corea. Una avanzada de cosacos derrotó á una sección de caballería japonesa, apoderándose de cien caballos. Poco ó nada significan estos hechos citados, puesto que, según parece, no se desarrollará el plan adoptado por el generalísimo Koratpulkine hasta que llegue al centro de operaciones, que será en la segunda quincena del presente mes, concentrándose ínterin las divisiones en Karbin. Varios príncipes de la familia imperial dispónense á marchar al Extremo Oriente, habiendo salido ya de San Petersburgo el Gran Duque, á quien el pueblo ha despedido con grandes muestras de simpatía y entusiasmo.

Los últimos telegramas informan haber llegado á Puerto Arthur el almirante Makarof, que se ha hecho cargo en seguida del mando de la escuadra. Los grandes prestigios de que goza este ilustre marino y su reconocida competencia hacen esperar que su presencia en el teatro de la guerra sea provechosa para Rusia. Y tan necesaria se ha creído la dirección naval del almirante, que el gobierno moscovita ha puesto de su parte todos los medios, efectuando tan largo viaje en tren especial, que sólo ha invertido nueve días en recorrer la enorme distancia que media entre San Petersburgo y Puerto Arthur.

Gran actividad desarrollan los rusos para concentrar su po-



UN FERROCARRIL DE CAMPAÑA RUSO CRUZANDO UN RÍO HELADO

El ferrocarril militar de campaña, de vía estrecha, puede con gran facilidad ser colocado y quitado y es muy á propósito para ponerlo sobre el hielo, en cuyo caso las traviesas son de extraordinaria longitud para distribuir bien el peso. Todos los años se coloca una de esas vías provisionales sobre el helado Neva en San Petersburgo.

las noticias que van recibiendo del teatro de la guerra, puesto que el mar ha arrojado á las playas de Chefú un considerable número de cadáveres de soldados japoneses, víctimas seguramente del último ataque de Puerto Arthur. Asimismo se asegura que el barco-hospital *Kobe* ha desembarcado en Sasebo muchos heridos, y que han sido remolcados hasta Nagasaki, para sufrir las necesarias reparaciones por las averías tenidas en el combate á que nos referimos, el acorazado *Fushima* y los cruceros *Osaka* y *Takiva*. De suerte que resulta exacta la apreciación emitida por los técnicos respecto de la indiscutible superioridad de la artillería de costa sobre la naval. La estabilidad de las baterías de los fuertes permite fijar la puntería, en tanto que el obligado movimiento de los buques ocasiona la pérdida de la mayor parte de los disparos. Y tan exacto es el criterio sustentado, que á falta de otros antecedentes nos bastaría recordar lo ocurrido en Santiago de Cuba durante la guerra contra los yanquis. La artillería de los fuertes estaba constituida por veintidós cañones de sistema anticuado y dos piezas modernas, que bastaron para tener á raya á la escuadra americana y la obligaron á situarse á gran distancia para librarse de los efectos de las dos mencionadas piezas, sin que los cinco mil proyectiles que lanzaron los buques produjeran grandes daños, puesto que sólo ocasionaron la pérdida de siete hombres y la destrucción de una cureña. Estas observaciones pueden aplicarse seguramente á la situación actual, con tanto mayor motivo cuanto que las fortificaciones de Puerto Arthur se hallan perfectamente artilladas con cañones modernos de gran calibre, las baterías elevanse á más de cuarenta metros sobre el nivel del mar y cuentan con grandes aprovisionamientos de municiones, que á la escuadra japonesa no ha de ser tan fácil reponer.

Cuanto á los medios ó elementos de defensa que posee la plaza, afirmase que su guarnición asciende ya á más de veinte mil soldados, que pueden desde



BAJO NIEVE, TIERRA Y LIENZO

Los soldados rusos se guarecen de las inclemencias del tiempo en tiendas de campaña y excavaciones. Cada tres soldados rusos llevan una pequeña tienda de campaña, dividida en tres partes para albergarse y que se levanta unos tres pies y seis pulgadas del suelo, sostenida por tres palos que pueden doblarse como una caña de pescar. Con frecuencia los soldados colocan la tienda sobre una excavación que han hecho en el terreno y que rellenan de paja, y para calentarse mejor arrojan la tierra excavada sobre la parte exterior de la tienda, colocando luego encima una capa de nieve.

derío naval, puesto que además de la escuadra situada en Vladivostok y en Puerto Arthur y de concentrar otra escuadra en el mar Rojo, trabajan sin descanso en los arsenales de Cronstadt, en donde hállanse próximos á terminarse los acorazados *Alejandro III*, *Orel*, *Suvarof* y *Borodino*, y los cruceros *Oleg*, *Ijunrud* y *Temtchug*, que formarán á su vez otra escuadra respetable.

Al terminar esta crónica haremos mención de que el crucero ruso *Dmitri-Douskvi* ha apresado en el mar Rojo á tres buques mercantes con bandera inglesa, que conducían á Nagasaki quince mil toneladas de carbón para la esca-



EN FAMILIA, CUADRO DE L. SCHÜTZLER, grabado por R. Bong

dra japonesa; que en la primera sesión celebrada por el Comité central de la suscripción nacional para los gastos de la guerra, el zarevitch se ha suscrito por la cantidad de cien mil rublos, y que el conde de Tolstoi ha ofrecido mil cajas de sus obras completas para que puedan servir de lectura á los soldados heridos.

Por último, los marinos rusos que después del combate de Chemulpo fueron recogidos por los buques de guerra de varios países, fueron recibidos en Saigón con grandes muestras de simpatía, demostrando este hecho la actitud adoptada por Inglaterra en vista de la marcha de los acontecimientos y de las manifestaciones de las demás potencias.

Réstanos agregar que los últimos telegramas anuncian haberse embarcado en Tokio los regimientos que constituyen la división de la Guardia imperial y el Estado Mayor general japonés con destino á uno de los puertos situados en la costa del Oeste de Corea, que se supone sea Chemulpo. Asimismo hemos de consignar que los informes que hasta nosotros llegan dan lugar á que presumamos que el ejército del Mikado se dispone á efectuar un movimiento de avance hacia el Norte del país coreano, si bien tropezarán con el cuerpo de ejército que los rusos han situado en las riberas del Yalu, compuesto de un contingente numeroso y aguerrido y protegido por importantes obras de atrincheramiento, sin perjuicio de que las avanzadas, compuestas de cosacos, que han penetrado ya en Corea, han de entorpecer el avance del enemigo y molestarle rudamente en su marcha.

Por otra parte, el deshielo produce graves dificultades para efectuar toda clase de operaciones, determinando los rigores de la temperatura muchas bajas en las filas japonesas, producidas por el tifus, que, según parece, se ha presentado con carácter epidémico.

Contra las exageraciones publicadas por algunos corresponsales respecto de las tropas japonesas desembarcadas en Corea, ofrece el inteligente redactor militar del *Daily Telegraph* los siguientes datos. Desde el 10 de febrero han salido del puerto de Nagasaki cuarenta buques transportando tropas, y en el supuesto de que en cada uno de ellos se hayan hacinado dos mil hombres, ó sea el doble del número que podrían conducir, resultaría un total de ochenta á cien mil soldados, que sin comodidad alguna, antes al contrario, han debido cruzar una distancia de más de mil kilómetros.

Conócese el texto del Tratado que el Japón ha concertado con Corea, cuyo documento da la medida de los propósitos que persigue el imperio del Sol naciente. La diplomacia japonesa procura obtener de China igual asentimiento, para poder de esta suerte constituir la alianza de la raza amarilla, cuya dirección se reservaría el Japón.—X.

NUESTROS GRABADOS

Fiesta de la Sociedad Colombófila en el Tibidabo.—El día 28 de febrero último tuvo lugar en la cúspide del Tibidabo la hermosa fiesta organizada por la Sociedad Colombófila, á la que concurrió numeroso y escogido público. Agradable en extremo fué el espectáculo que ofrecía la montaña é imponente el acto de la celebración de la misa de campaña,

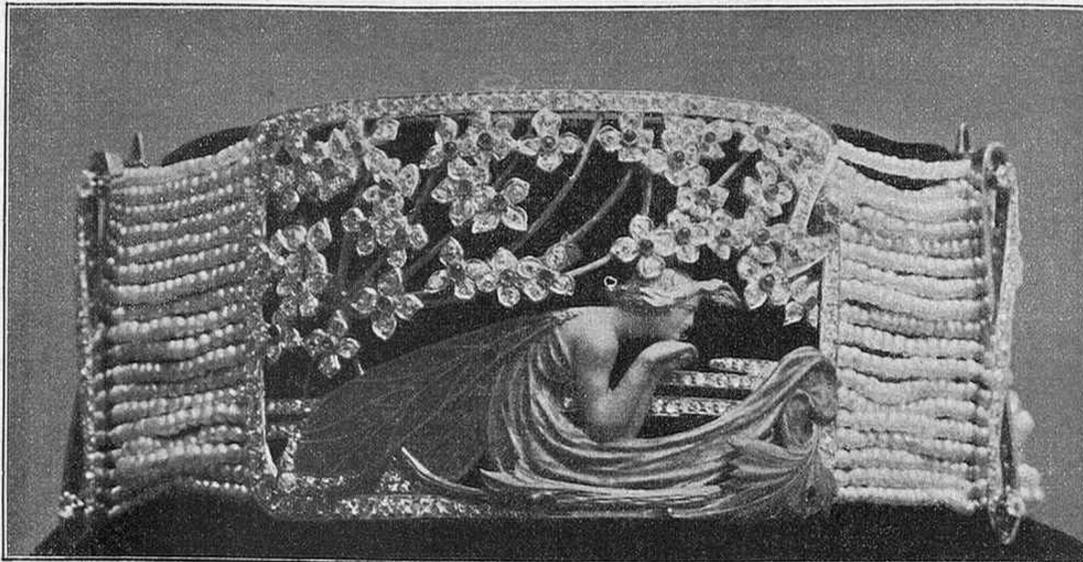


FIESTA DE LA SOCIEDAD COLOMBÓFILA EN EL TIBIDABO

á la que asistió el Capitán General acompañado de sus ayudantes y lucida escolta. Terminó la fiesta con la suelta de palomas, que á pesar de ser asaz interesante por lo copiosa, no ha sido

posible reproducir con exactitud por hallarse el cielo muy encapotado, viéndose los numerosos fotógrafos y aficionados que se proponían obtener interesantes vistas privados de obtener una sola con las condiciones apetezibles.

En familia, cuadro de L. Schmutzler.—El cuadro titulado *En familia*, obra del distinguido artista L. Schmutzler, pertenece á ese género especialísimo que ha servido á algunos pintores para dar evidente prueba de su habilidad y buen gusto. Los trajes, vistosos y efectistas, y hasta los pormenores han sido



EXPOSICIÓN PARÉS. —HEBILLA PROYECTADA Y MODELADA POR LUIS MASRIERA

elementos que han podido utilizar para obtener contrastes y para hacer gala de coloristas. De ahí que en determinado período fueran los tipos y cuadros de costumbres, de comienzos del pasado siglo, el tema obligado para aquellos que poseían condiciones para manifestar brillantemente sus aptitudes. Aun hoy existen artistas de tanto mérito como el á que nos referimos, que cultivan esta clase de pintura con tanto lucimiento como el autor del cuadro *En familia*, cuya maestría es justo reconocer.

SALÓN PARES. —ARTE MODERNO

EXPOSICIÓN DE OBRAS ARTÍSTICAS DE LUIS MASRIERA

Galano, verdaderamente interesante, es el acopio de obras que exhibe en el Salón Parés el ya distinguido artista Luis Masriera. Su presentación en aquel centro do se realizan las exposiciones, puesto que es la primera vez que se manifiesta, en forma tan amplia como variada, significa un plausible esfuerzo y representa una á modo de revelación. Los que no conozcan á Luis Masriera en la intimidad han podido juzgarle hasta ahora por alguna de sus recomendables producciones. Hoy nos ofrece el medio para que podamos conocerle y aquilatar sus méritos y aptitudes. Y cuenta que si tal ha sido el propósito del artista, lo ha llevado á cabo cumplidamente, tal es la variedad de concepto y aun de procedimiento que se manifiesta en las obras á que nos referimos, si bien en todas ellas rebosa la nota razonada de la moderna evolución, tan perfectamente aplicada cual correspondía utilizarla en quien tan provechosas enseñanzas ha recibido y cuya característica, el timbre de su blasón familiar y artístico, es la cultura y la discreción.

En diversos grupos pueden subdividirse las obras expuestas, puesto que en ellas figuran composiciones esencialmente decorativas, tan bien concebidas y desarrolladas como lo son *La brisa del río* y *La brisa del bosque*, que reproducimos en nuestra primera página; otras marcadamente simbolistas, como *El hombre de oro* y *La guerra*, paisajes, interiores, retratos y no-

hoy á hacer mención de las dos que figuran reproducidas en la primera página de esta Revista, puramente decorativas, ajustadas á los cánones modernos, pero razonadas y exentas de efectismo y exageración, obediendo á un concepto noble y elevado y subordinadas á una técnica que coordina y armoniza con el medio en que han de destacarse, determinando una gradación simpática y agradable.

El proyecto de hebilla, que también reproducimos, es otra demostración de la importancia y el interés que reviste la agrupación de los proyectos de orfebrería. Produce verdadero en-

canto la sencillez y originalidad de las composiciones, su atinado desarrollo y la inteligencia que revela la asociación de diversos elementos que contribuyen á convertir cada joya en una obra artística, puesto que tal encanto asumen y tal filiación ha de tener quien las concibe, modela y ejecuta.

Digno continuador de su señor padre y maestro D. José Masriera, bien puede ostentar un nombre ya ilustre, puesto que al seguir por la senda trazada, contribuirá á perpetuar un concepto de seriedad y distinción, y con él la consideración de todos los verdaderos amantes del arte.

Teatros.—BARCELONA. — *Conciertos Crickboom.* — Grato recuerdo conservarán los amantes de la música del concierto en que se dió á conocer en el teatro Principal la notable violoncelista señorita Elsa Rüegger. La simpática artista sorprendió á los concurrentes por la seguridad de su mecanismo, por el sentimiento y por la inteligencia que revela la interpretación de las obras que ejecutó, en todas las cuales demostró seguridad é indiscutible maestría, especialmente en la interpretación de *Le Cigne*, de Saint-Saens, que puede citarse como un modelo de elegancia, y en la *Danse des Elfes*, de Popper, que resultó una manifestación de destreza y agilidad.

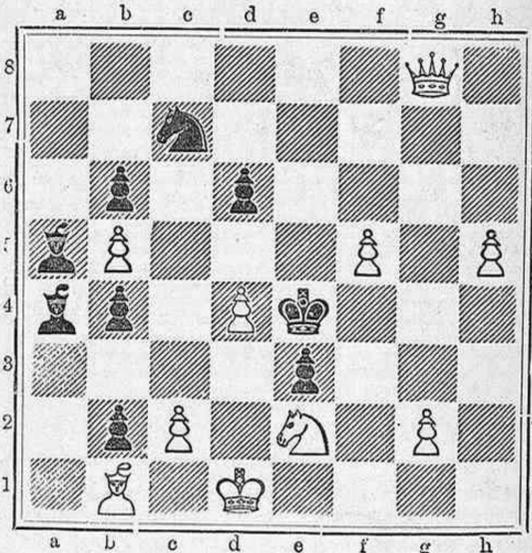
La orquesta de La Filarmónica, dirigida por el maestro Crickboom, interpretó á su vez la quinta sinfonía de Beethoven, un fragmento del *Follet*, de Granados, y el poema sinfónico *Zoraiaa*, del músico noruego Svendsen.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 20, B^{is} ITALIENS, PARIS.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 355, POR N. MAXIMOW.

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

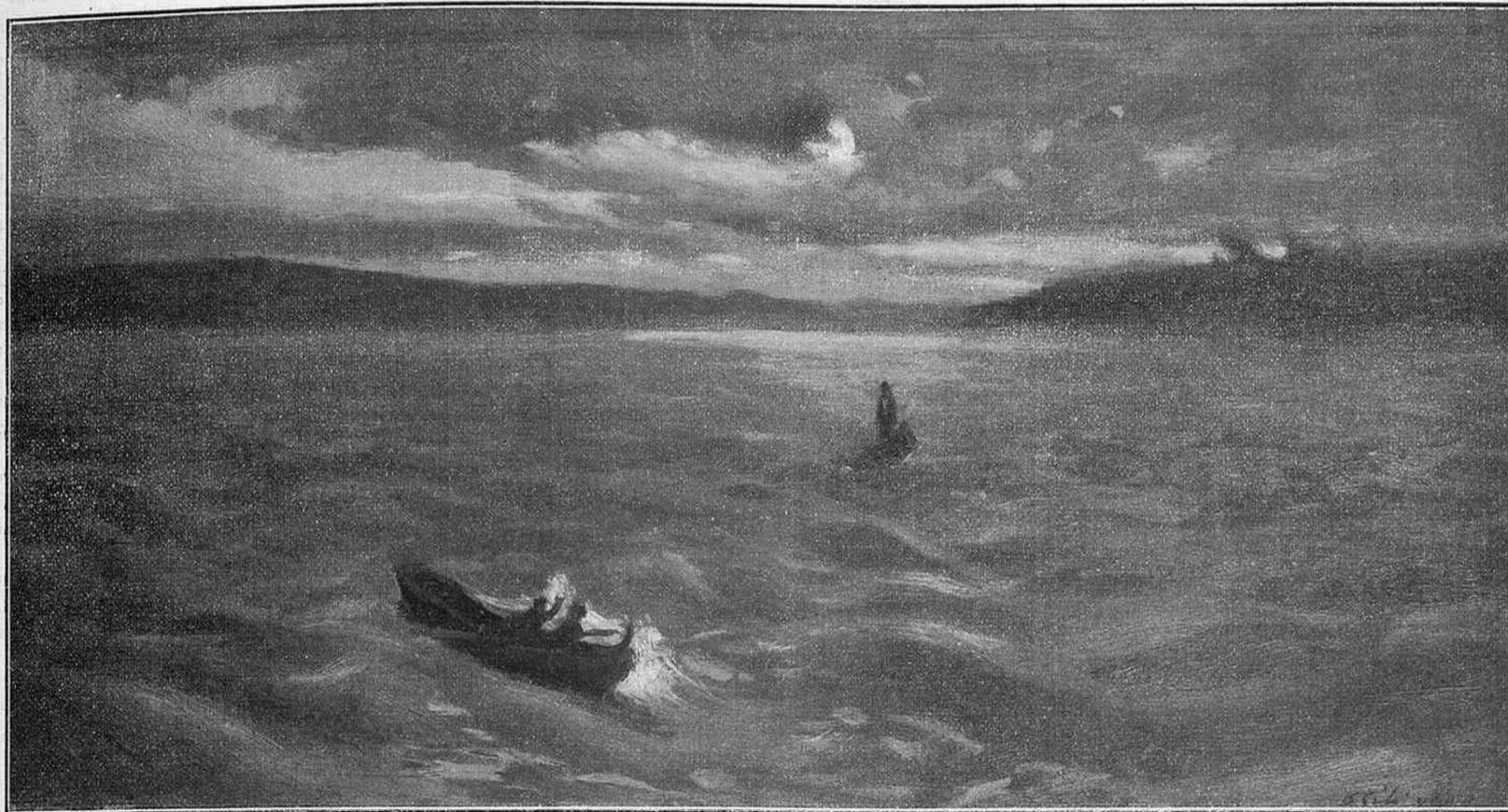
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 354, POR S. LOYD.

- | | |
|-----------------------------|---------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. b5-b6 | 1. Ad5-b7 |
| 2. Af1-a6 | 2. Ab7-d5 |
| 3. Th8-a8 | 3. Ad5xa8 |
| 4. b6-b7 | 4. Cuaquiera. |
| 5. Aa6xb7 ó b7xa8 (D) mate. | |

VARIANTES.

- 3..... Ad5-c6; 4. Aa6-b7, etc.
2..... Ab7xa6; 3. Th8-a8, h4-h3; 4. Ta8xa6, etc.



El señor Luciano estaba de pie, descubierto, con los cabellos agitados por el viento, firme y sereno como el dios de las aguas...

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. — ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

Nuestras fuerzas estuvieron luchando animosamente algún tiempo con las ondas, pero con menudado éxito; á cada empuje veía yo avanzar la barca con ímpetu dejando atrás los pequeños remolinos que en el agua formaban los remos; mas antes que otro impulso de nuestros brazos llegase á vencer la resistencia de las aguas que nos eran contrarias, habíamos perdido casi todo el fruto de nuestras fatigas; á veces, á una racha de viento, las olas se alzaban amenazadoras ante nosotros y nos empujaban hacia atrás con violencia, y entonces, en la negra superficie del lago, al trémulo reflejo de las pobres luces circunstantes, yo divisaba los últimos remolinos abiertos por mi remo.

Con todo, no cejábamos de remar y seguíamos adelante. Una vez aventurados en nuestra lucha con las olas, había al menos una cosa de bueno, que no era ya ocasión de vacilar ni de atender á las pusilanimidades de la prudencia; lo hecho, hecho estaba, y si pensábamos en el peligro que corríamos era sólo para ingeniarlos en el modo de salir de él, y como el bote del Sr. Luciano estaba ya muy cerca, y al fin y al cabo el no hacer una buena obra no habría mejorado mucho nuestra situación, bogábamos con creciente energía para acortar la breve distancia que de él nos separaba. Y digo esto para que el lector sepa dos cosas que mi conciencia no me permite callar: que el deseo de socorrer al Sr. Luciano se había abierto paso también en el ánimo de Anselmo, y que mi fervor había disminuido precisamente al abrirse paso aquel deseo en el ánimo de Anselmo.

No distábamos ya más que unas diez veces la longitud de un remo del bote del Sr. Luciano; por lo cual, suponiendo (y así lo suponía yo) que el cansancio se repartiese en tres partes y que Luciano, apelando á todas sus fuerzas, pudiese ganar un tercio de la distancia y nosotros los otros dos, estaba próximo el momento en que, amarrado el frágil bote á la popa de nuestra barca, pudiéramos dirigir la proa hacia Lugnano. Y desechada toda otra idea, me congratulaba ya del buen resultado, cuando una exclamación poco jovial de Anselmo y cierta sensación poco grata de frío en la parte del cuerpo que no es ya la espalda, me obligaron á hacer bruscamente consideraciones menos lisonjeras. Una oleada había cogido la barca de costado, pasado por encima de la borda, seguido como un pequeño canal de riego la línea que le marcaban los bancos y detenídose ante un estorbo natural.

Me apresuré á quitar el estorbo, volvíme y vi que á Anselmo le había ocurrido el mismo percance, y que tenía las manos precisamente donde yo las tenía. Aunque me dieron ganas de reír, no lo hice porque no tuve tiempo. La barca, abandonada un momento á sí misma, cedía á todos los caprichos del agua y había comenzado un movimiento rotatorio que no nos llevaba por cierto adelante; cogimos otra vez los remos, y manteniéndonos de pie por razones de higiene, volvimos con nuevo vigor á nuestra fatigosa tarea. Pero en aquel punto otra ola nos asaltó de costado, y en seguida otra y otra. La barca se iba llenando de agua; solté los remos, y mientras Anselmo cifraba todo su cuidado en tener derecha la barca, yo procuraba achicar el agua con la pala.

Pero nuestra audacia á la vez que nuestras fuerzas habían venido á menos, y el frío de la noche nos entumecía los miembros. Juro que en aquel momento no me acordé del Sr. Luciano, y por primera vez desde que nos habíamos separado de la orilla, acudieron á mi mente las palabras del viejo barquero: «Bien puedo yo arriesgarme á perder una barca, puesto que usted arriesga la vida.»

Este pensamiento hizo renacer mi vigor; y al ver que otra serie de oleadas se acercaba amenazadora, me acordé de un consejo de Paulino Gaggini, y cogiendo un remo, lo presenté al ímpetu de aquellas ondas procelosas que, rotas por el obstáculo, pasaron mugientes á uno y otro lado de la barca sin causarnos nuevos daños. Pero el remedio era efímero en medio de tan gran peligro; en breve hubieran sucedido nuevos acometedores á los primeros, y nuestras quebrantadas fuerzas hubieran tenido siempre incansables enemigos de fresco á quienes combatir. En tanto, el manejo de los remos, ya fuese por impericia ó por otra causa, resultaba estéril; la barca vagaba casi sin rumbo ni dirección, teniendo la proa vuelta al viento por sumo favor de la suerte y por mérito de Anselmo que consumía en ello todas sus fuerzas. Comprendí que estaba á punto de cumplirse el vaticinio del barquero; él perdería su barca, pero nosotros...

—Anselmo, dije volviéndome á mi compañero y dando un paso atrás para acercarme á él.

—Jorge, me contestó con voz sorda á causa de la desesperación.

Y me estrechó la mano sin añadir otra palabra.

Alcé la vista al cielo y vi trazada en el tenebroso espacio, cual espectro gigantesco, la altísima cumbre del San Salvador, donde cierta mañana de buen hu-

mor habíamos almorzado juntos, después de una caminata fatigosísima, cinco lonjas de jamón salvadas de la voracidad de un inglés que nos había precedido. Aquella cumbre, tan desierta y escualida, estaba tristísima á aquella hora, y sin embargo, yo la suponía mentalmente un Edén, y no hubiera tenido entonces inconveniente en pasar en ella la vida.

En esto la luna, rompiendo el espesor de las nubes, alumbró la desolación de la naturaleza: Anselmo y yo nos interrogamos con la vista. Asustado por la amenaza del peligro que nos venía, miré en torno mío con ojos extraviados. En la dilatada extensión de agua que nos rodeaba no se veía más que un impetuoso amontonamiento de olas sobre olas y un blanquear de crestas espumosas que parecían surgir del abismo para hundirse en seguida en él. La luna, como horrorizada ante aquel espectáculo, se ocultó en las nubes; pero aquel momento de claridad había bastado para que divisáramos, como á un tiro de piedra de nosotros, el bote del Sr. Luciano; había bastado para hacernos recordar que en aquella peligrosa lucha no estábamos solos. Esta idea nos infundió nuevo valor, y cogimos con ardor los remos á pesar del cansancio. ¿Qué nos proponíamos? ¿Prestar auxilio al Sr. Luciano? Hubiera sido ya un propósito tan necio como inútil, pues tan mala era nuestra situación como la suya, si no peor; estábamos, pues, á punto de enderezar la proa hacia Lugnano, cuando el bote nos alcanzó. El Sr. Luciano estaba de pie, descubierto, con los cabellos agitados por el viento, firme y sereno como el dios de las aguas; su frágil esquife hendía las aguas fatigosamente, pero con seguridad.

—Los tres reunidos conseguiremos más, dijo al pasar tocando á nuestra barca; y sin aguardar respuesta, echó dentro de ella la cadena de su bote.

—Amárrenla ustedes de cualquier modo, añadió, y al decir esto, de un salto se reunió con nosotros.

La barca, al recibir aquel nuevo peso, osciló un rato y pareció á punto de hundirse; mas tan luego como el Sr. Luciano empuñó los remos y se puso á manejarlos, comprendimos que su llegada era nuestra salvación.

Por ese respeto que inspira en el peligro la sangre fría y por esa seguridad que da la costumbre del peligro, nos sujetamos, casi sin notarlo, á la dirección del Sr. Luciano, que de este modo se convirtió en capitán de la reducida tripulación. La esperanza renació en nuestro pecho; callados, serenos, esforzados

cual marinos veteranos, seguíamos con nuestros remos los remos del inesperado salvador.

Y una hora después, jadeantes, quebrantados de cansancio, nos estrechábamos conmovidos la mano en la playa de Lignano, en donde el viejo barquero volvía á saludar, saltándosele las lágrimas, á sus *buenos señores* y á su vieja barca.

—Buenas noches, nos dijo el Sr. Luciano.

Yo me creía en el deber de darle las gracias por cuanto acababa de hacer por nosotros, y sin embargo, pensando que habíamos arrojado aquel peligro por salvarlo, y que él lo ignoraba, no supe qué decirle. Y me parece que si en aquel momento se me hubiera ocurrido alguna frase elegante para expresarle cuáles habían sido nuestros intentos, lo habría hecho, eso sí, poniéndome colorado, pero lo habría hecho.

—Buenas noches, contesté, y gracias; y añadí casi balbuceando: nos ha salvado V. la vida.

—Nos la hemos salvado mutuamente, replicó sonriendo; buenas noches.

.....
Anselmo caminaba á mi lado, taciturno. En aquel momento acudió á mi mente otra pregunta: ¿cómo Anselmo, á quien yo creía enamorado y por consiguiente egoísta, había querido afrontar conmigo el riesgo de perder la vida y por añadidura su felicidad?

—¿En qué piensas?, le pregunté.

—En el peligro que hemos corrido.

—¿Y no habías pensado antes en él?

—No, porque no temía nada.

—¿Y por qué no temías nada?

—Porque confiaba en mi buena estrella.

Como únicamente los enamorados son los que tienen confianza en su buena estrella, me ratifiqué más en la idea de que Anselmo estaba enamorado.

VI

En casa del Sr. Luciano

A la mañana siguiente, mientras me paseaba por la playa, vi venir hacia mí al Sr. Luciano.

Notábase en sus labios una dulce sonrisa; me dió la mano y me preguntó por mi salud de un modo entre embarazado y afectuoso, como quien desea pagar una deuda de gratitud.

¿Acaso había llegado á conocer el propósito que nos indujo á arrostrar la tempestad? Lo ignoro, pero lo cierto fué que desde aquel día las atenciones que tuve para con él á fin de granjearme su benevolencia tuvieron mejor resultado.

Poco á poco se fué mostrando más tratable, conversaba conmigo más de lo que lo hacía con otros, contrariaba sus costumbres y cada día me revelaba, casi sin echarlo de ver, una página de su corazón.

De este modo llegué á conocer su hermosa alma; pero no el misterio de su vida. Muchas veces su boca se había abierto para hacerme alguna confianza, y otras tantas se había cerrado sin decir una palabra. Pude conocer sus muchas virtudes y sus muchas debilidades; pero seguía ignorando su pasado, sus alegrías, sus dolores, sus culpas.

¡Sus culpas! Se me había metido en la cabeza que ocultaba alguna, y que el aguijón del remordimiento era la causa de aquel melancólico y constante recuerdo que consagraba al pasado.

A pesar de todo, mi curiosidad, que había ido creciendo cada vez más, se mitigó así que hube conocido el inestimable tesoro de su corazón; ante aquel hombre profundamente dolorido, que iba dejando poco á poco su reserva para abandonarse á la amistad, parecióme culpable mi curiosidad, y la depuse como una flaqueza indigna de mí. Me habría parecido ofender, hacer traición á su confianza, provocándola.

Aparte de esto, me sentía de día en día dominado por un sentimiento mucho más firme y duradero que la vaga simpatía que en un principio me había arrasado tras las huellas de aquel hombre. Yo sabía que era un desgraciado; la compasión engendró el afecto y quise á Luciano como á un hermano. Lo notó, me lo agradeció, permitió á sus palabras mayor abandono; pero se detuvo siempre en el momento de confiarse á mí, como en el umbral de un templo inviolable. Su dolor era toda su vida: compartiéndolo con alguien se habría matado á medias; las almas débiles se afanan tras la quimera de los tibios consuelos; las grandes saben callar, saben recogerse desdeñosas en el egoísmo del dolor.

Acostumbrábase pasear por la playa á esa hora de suave recogimiento que precede al crepúsculo. A veces él era el primero en hacerme ciertas preguntas vagas; otras veces guardaba silencio largo rato y yo lo respetaba. Hablábamos con la mirada y con el corazón; él me entendía y yo á él. Con frecuencia me decía al separarnos: *Adiós, mi buen amigo*, y nada

más; pero el acento de aquella afectuosa despedida estaba impregnado de tan suave y profunda tristeza, que yo le estrechaba la mano con más fuerza, y por mis labios corría una oleada de cariño.

Jamás ha habido amistad que se estrechara más firme ni más repentinamente que la nuestra. Yo no tenía secretos para él, y si él los tenía para mí, esto no obstante, me quería; para mí, era la imagen del dolor que yo apenas había tenido ocasión de conocer, y lo veneraba como tal; yo era para él un buen hijo, nada más que un buen hijo, que tenía un poco de corazón, y que le recordaba un tiempo quizás no lejano y feliz. No me quejaba por ello; yo mismo había escogido espontáneamente esta parte, porque si Luciano apenas tenía media docena de años más que yo, el dolor había estampado en su rostro y en su corazón las huellas de una vejez prematura.

Así transcurrieron algunas semanas. Cierta tarde del mes de diciembre, estábamos sentados sobre un montón de piedras aglomeradas á la orilla del lago; la hora, el sitio, el espectáculo de las ondas levemente agitadas por la brisa, nos infundieron un mismo pensamiento.

—¿En qué piensa usted?, me preguntó saliendo de pronto de su meditación.

—Pienso en que en una tarde como esta...

—También yo, interrumpió con acento conmovido.

Y pasándose la mano por la frente como para dar otro rumbo á sus ideas, añadió:

—Hace frío.

Se levantó, le imité, preguntándome por qué no quería que se le recordase la noche en que Anselmo y yo arriesgamos la vida por él.

Anduvimos largo trecho sin decir una palabra.

—¿Cree usted en otra vida?, me preguntó de pronto.

—Creo, le contesté sin maravillarme de semejante pregunta.

—¿Y por qué cree usted en ella?

—Porque necesito creer.

—También yo necesito creer, dijo como hablando consigo mismo.

Luego, sin volverse á mí, añadió en voz más alta:

—¡Necesidad! ¡Necesidad! Siempre esta palabra. ¿Y quién nos dice que esta necesidad no sea un pretexto, una mentira del corazón para disimular nuestra flaqueza? ¡Nos asusta la nada! ¡Necios! La nada es la tranquilidad y el olvido. Se pide un pretexto para ser virtuosos, una esperanza para ser honrados: seamos fuertes; desechemos esa fantástica quimera de otro mundo y seamos honrados y virtuosos únicamente por el placer de serlo.

—Y de parecerlo, añadí interrumpiéndole con dulzura.

—Y de parecerlo, repitió, puesto que el parecer equivale á veces al ser.

Calló, me miró, y viendo que yo guardaba silencio, me cogió la mano y la estrechó entre las suyas.

—Soy un insensato, prosiguió, no haga V. caso de mis palabras. Los hombres han hecho todo lo posible por arrancarme del pecho esta pobre fe; dondequiera que he buscado neciamente el olvido del dolor, he encontrado el olvido del deber; quise beber en las jubilosas copas de los hombres; pero los hombres me cerraron las puertas de sus banquetes porque yo no estaba corrompido como ellos. Los más tristes se mofaron de mi miseria, los más buenos lamentaron mi locura; por todas partes vi ojos curiosos, labios abiertos para la befa, acentos que cuchicheaban en secreto... ¡No era de los suyos! Me retraje, me recogí en aquella soledad que no hubiera debido abandonar jamás...

Interrumpióse, pareció arrepentirse, y por no darme tiempo para contestar, me señaló el lago en cuyas ondas espumosas se mecían dos barcas, á corta distancia una de otra.

—Esas barcas han husmeado el peligro, y se apresuran á llegar á tierra; siempre hay buenas gentes en este mundo para quienes la vida es tan hermosa que tienen miedo de perderla.

—Si no me engaño, contesté, conozco una de esas barcas, y en ella va un joven que sabe desafiar la muerte con la mayor indiferencia.

—¿Quién?

—Mi amigo Anselmo.

Desde este momento el Sr. Luciano no pronunció una palabra.

Ibamos uno junto á otro callados, pensativos; yo recordando una por una las palabras con que mi compañero se había expresado de un modo tan extraño, y dirigiendo de vez en cuando la vista al lago, donde las dos barcas seguían bogando y acercándose á tierra.

En tanto iba obscureciendo.

Llegamos á la orilla del puerto precisamente en el momento en que las dos barcas arribaban.

No me había equivocado; de la una desembarcó Anselmo; de la otra un caballero muy grueso acompañado de una señora graciosísima.

A la luz de un farol que alumbraba la calle desierta, nos encontramos frente á frente con los pasajeros de las dos barcas.

Anselmo nos vió y nos saludó turbado, saludo al que respondió Luciano con frialdad. La hermosa dama también nos vió, nos dirigió una mirada que decía mil cosas, y se alejó rápidamente, seguida del corpulento personaje que la acompañaba.

Anselmo se separó de nosotros á los pocos pasos; yo me volví á mirar á Luciano y noté que tenía el rostro más pálido que de costumbre y como contraído por una profunda expresión de amargura.

Preguntéle si tenía algo.

No me contestó; pero á los pocos momentos me cogió de la mano y me dijo con voz que procuraba hacer entera:

—Necesito estar solo, quizás nos veremos mañana.

Y sin darme tiempo para recobrar de mi asombro, se alejó dejándome en medio de la calle.

¿Cuál sería el secreto de su angustia?

¿Y Anselmo? ¿Cuál era la causa de la invencible repugnancia que lo mantenía apartado de Luciano? ¿Qué podía haber de común entre aquellos dos hombres, tan bueno y generoso el uno como el otro?

¿Y aquella mujer de ojos de sirena?..

Y en toda esta serie de preguntas, una sola se me había olvidado:

¿Quién era el corpulento personaje que acompañaba á la señora?

Pero, según me contesté á mí mismo, así también el discreto lector se lo habrá contestado antes:

Aquel obeso personaje no podía ser sino un marido.

Al otro día no vi á Luciano: una zozobra secreta é invencible me tuvo todo el día lleno de angustiosa intranquilidad, y como al anoecer no le viera acudir á nuestro acostumbrado punto de reunión, me encaminé sin pensar en lo que hacía hacia su casa y me puse á dar vueltas alrededor de ella sin decidirme á transponer el umbral.

En las relaciones que á aquel hombre me unían había algo que se sustraía á todas las reglas de las amistades vulgares: la nuestra era muy diferente de todas las demás, una mezcla de confianzas, de abandonos y de reservas regulada por leyes propias; por cierto concepto éramos más que hermanos; por otro, todo menos amigos. Habíamos saltado las barreras más difíciles que existen entre hombre y hombre y nos quedábamos detenidos ante deleznales obstáculos; quizás la culpa de todo esto la tuviera la casualidad más bien que nuestro deliberado propósito.

Ignoro si otro ha conocido alguna vez vínculos de tal naturaleza; lo cierto es que mi familiaridad con Luciano se había contenido siempre á la puerta de su casa y que ni por casualidad me atreví una vez siquiera á franquear aquel paso. Aquella noche me sucedió lo mismo, y después de algunas idas y venidas, me volví como había llegado.

A la mañana siguiente mi propósito fué más afortunado. Me encaminé también á casa de Luciano y penetré en ella sin detenerme: un criado salió á recibirme, y me dijo que su amo no solía recibir á aquella hora; insistí y dije mi nombre; el criado volvió al poco rato y me introdujo sin decir una palabra en un gabinete bastante abrigado. En la chimenea chisporroteaba un alegre fuego, y una oleada de luz, que penetraba por una ventana, regocijaba la habitación; con todo, aquel sitio me parecía triste.

Durante los pocos instantes que permanecí solo esperando, eché una ojeada en torno como para interrogar los objetos que me rodeaban. Los muebles que alhajaban aquella estancia eran sencillos, pero de buen gusto; una escribanía de madera negra sin ningún adorno ni obra de taracea, una butaca, unas cuantas sillas y un diván forrados de seda amarilla, dos taquillas colgadas en los ángulos de las paredes y un gran espejo con marco negro. En la elección, en la disposición, en los colores, en la sobriedad de aquellos objetos, se notaba, ó me parecía notar, un extraño lenguaje, una especie de misterio susurrado en voz muy baja, y una melancolía profunda, un luto infinito. Pero quizás mi mente, ávida de ilusiones, entraba por mucho en ello.

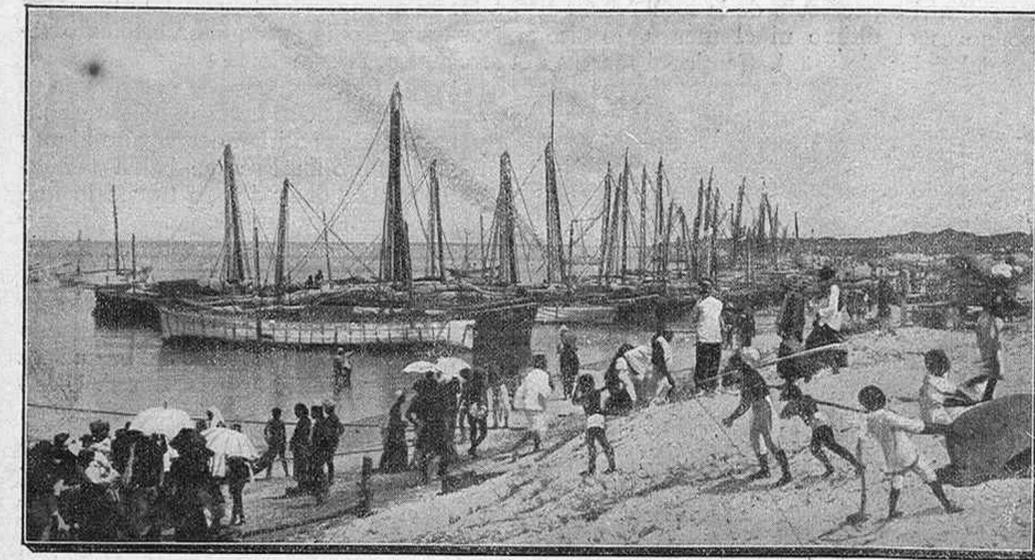
En aquel solo, que duró pocos instantes, casi olvidé el objeto de mi visita, ó hablando con más propiedad, no pensé en que era preciso que me llevase allí algún objeto.

Abrióse una puerta y Luciano se presentó en el umbral.

Al verme se detuvo un momento, luego se dirigió

La pesquería y el comercio de perlas

Desde los tiempos más antiguos han sido las perlas consideradas como las joyas más notables en el mundo conocidas. La estimación en que hoy se tienen es tal, que cualquier precio, por exorbitante que sea, no parece inverosímil, y ha ido aumentando en estos últimos cien años hasta el punto de figurar como el más valioso adorno del género humano.



La flotilla de barcos pescadores preparándose para partir

El favor de que gozan es universal, así en el Oriente como en el Occidente, entre los salvajes más ignorantes como entre las naciones más civilizadas. Y no es este un capricho ó moda pasajera; mucho antes de la era cristiana se mencionaban las perlas entre los objetos de gran valor.

De las más conocidas de la antigüedad son, sin duda, las de Cleopatra, de quien se cuenta que deseando sobrepasar en fausto á su amante Marco Antonio, le convidó á un banquete, á cuyo final, arrancándose de uno de sus pendientes una perla de extra-

ordinaria belleza, la echó en una copa de vinagre de gran fortaleza, bebiéndose después el vinagre en el que la perla se había disuelto, provocando con ello la cólera de Antonio. Como prueba del gran valor de aquella perla, se afirma que la compañera del otro pendiente vino más tarde á poder de Agripa, que la hizo aserrar por la mitad para dar un par de aretes á la estatua de Venus, en el Panteón. El hecho de haberse disuelto la perla en el vinagre es muy dudoso; un conocido joyero francés pobró hacerlo y se convenció de que el vinagre, por muy fuerte que sea, sólo afecta á la capa exterior, pero que el interior permanece intacto.

La forma que la perla asume, al terminar su desarrollo, tiene gran influencia en su precio; las más valiosas y buscadas son sin duda las perfectamente redondas, que se forman en los tejidos blan-

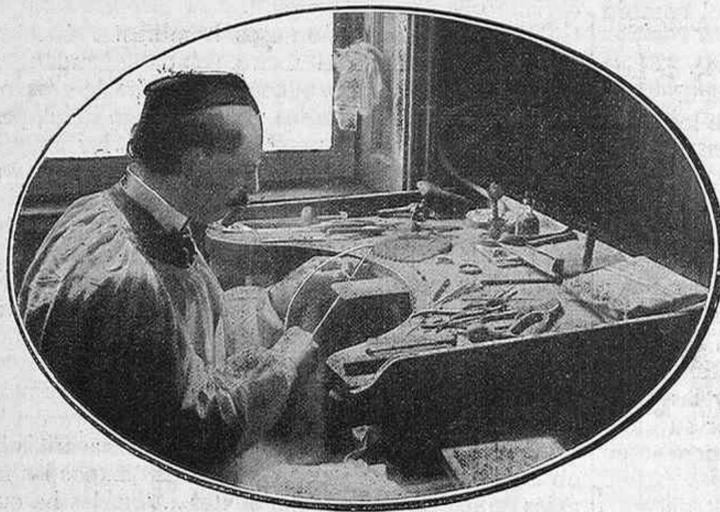
tratar de preservarse de un cuerpo extraño, acción que se descubre en todas las formaciones de perlas.

La perla más perfecta en forma y lustre se dice que es la del museo Zosima de Moscou, que pesa 28 granos; pero el famoso perito en perlas Mr. E. W. Streeter menciona una de forma perfecta, de 40 granos, hallada en Australia, y dice que cree que se han hallado otras todavía más hermosas.

Los barruecos, ó perlas no redondas, se forman indudablemente por el mismo procedimiento, pero en estos casos el cuerpo extraño que produce la irritación es de forma irregular, como una piedrecilla, pedazo de madera ó de otra substancia, por lo que la perla resulta también de forma irregular. Los barruecos son mucho más comunes que las perlas redondas y en forma de gotas; una de las de esta última clase es la mayor que se conoce. Formaba parte de la universalmente conocida colección Beresford-Hope, y data del año 1839. La perla Hope, así se la llama, es una perla oriental de forma de pera irregular, de dos pulgadas de largo y de cuatro y media de circunferencia en su parte más ancha. Es de varios matices; la parte superior de un oriente hermoso y brillante y la inferior de un tinte verde obscuro y bronceado.

Esta joya pesa 1.800 granos, es decir, seis veces más de lo que pesaba la ostra que la produjo, está montada en un broche, teniendo sobrepuesta una corona de oro esmaltado y cincelado, siendo una de las alhajas más costosas que existen.

Otra forma de las perlas es la de botón, de formación semiesférica, redondas por una parte y planas



El delicado trabajo de perforar una perla se hace siempre á mano

El año 44 antes de J. C., Julio César regaló la perla llamada Servilia, que valía más de 35.000 libras esterlinas, á la madre de Bruto, que fué luego el asesino de su bienhechor.

Esta suma, aunque enorme, no llega á las que se han dado por otras perlas históricas; en 1693, el chah de Persia pagó 64.000 libras esterlinas por una sola, de hermoso lustre y de una pulgada de diámetro.

La que se conoce con el nombre de Perla Rusa, que hoy se halla en el tesoro imperial de aquella nación, fué propiedad de un comerciante que había viajado mucho y que se retiró á hacer vida contemplativa á un establecimiento religioso, adonde de cuando en cuando invitaba á sus amigos para que vieran su inapreciable joya. Su culto hacia ella era

tan grande, que al morir la tenía fuertemente apretada en la mano, de la que costó mucho poder sacarla.

David Brewster ha demostrado que la irisación peculiar del nácar es debida á la interferencia de la luz, reflejada por microscópicas corrugaciones de su superficie.

La teoría generalmente adoptada respecto á su formación es la de que un grano de arena ó de otra materia irritante penetra dentro de la concha del molusco, al que va cubriendo con capas sucesivas de nácar hasta formar la perla. Comprueba esta teoría el hecho de que, cualquiera que sea su forma, el nácar ha sido producido por el molusco al

por aquella por donde estaban adheridas á la concha.

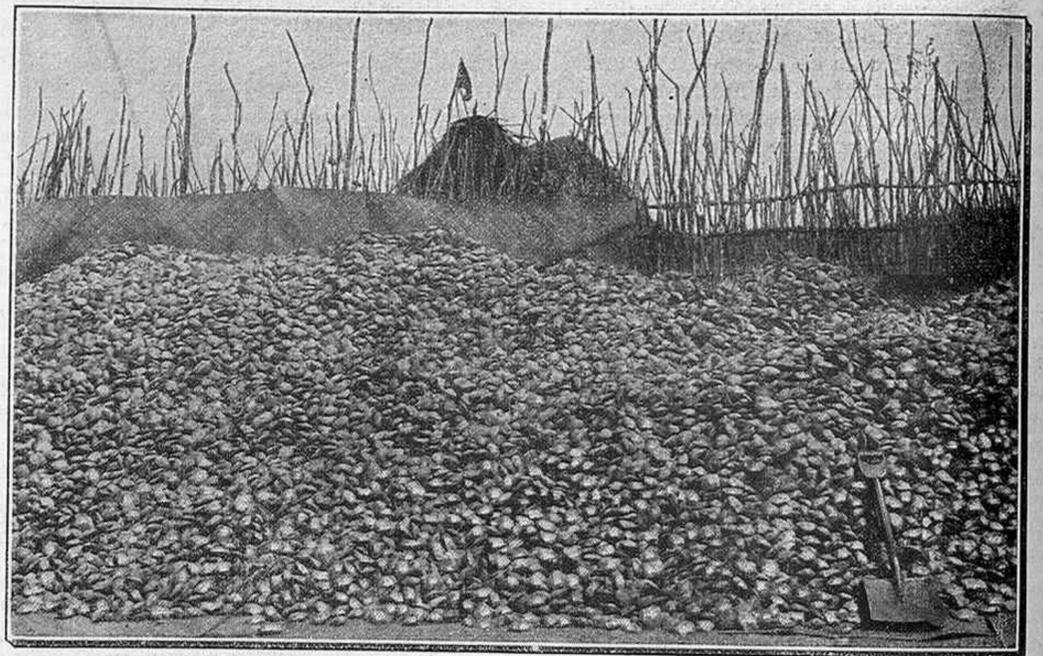
Hay también perlas huecas, que son en realidad unas capas de nácar puestas para tapan un agujero hecho por algún parásito horadador, y que valen mucho menos que las anteriores.

Hablando en términos generales, el nácar puede asumir toda clase de formas, y se citan algunas muy extrañas. La más extraordinaria es la de la Gran Cruz del Sur, que consiste en nueve

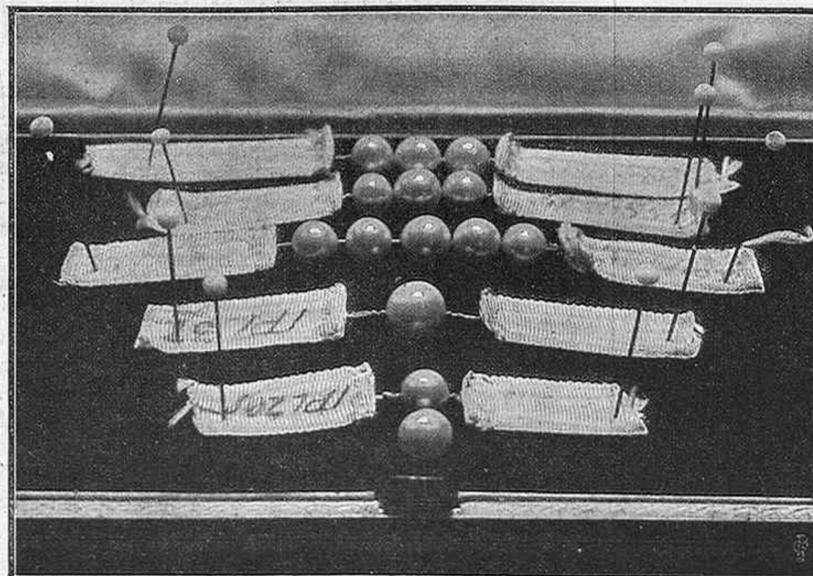
perlas que forman una cruz perfecta: siete forman el cuerpo, y los brazos una á cada lado, á corta distancia del extremo de la más alta. Es de una pulgada y media de largo; las perlas son buenas, pero un poco desfiguradas por la parte en que estaban en contacto con la concha. Fué hallada en Australia en 1874, y á pesar de haber sido examinada con poderosos lentes y con luz intensa, no se ha podido descubrir la menor huella de que la mano del hombre haya intervenido en ella en lo más mínimo; está apreciada en 10.000 libras esterlinas.

Una perla de una forma de corazón perfecta, de 672 granos de peso, se vendió en 56.000 libras esterlinas.

Otra de las cualidades que



Un pequeño montón de medio millón de ostras, parte del producto de una abundante pesquería. Las ostras están expuestas al sol para que entren en putrefacción, siendo entonces fácil extraer las perlas



El comienzo de un collar de perlas. Esas perlas valen 14.000 libras esterlinas

influyen en gran manera en el precio de las perlas es el color; las más apreciadas, sin disputa, son las de un color casi blanco, de brillo irisado, y redondas ó de forma perfecta de pera.

Hay, sin embargo, perlas de todos los matices, y dicen los inteligentes en la materia que eso depende de su estado sanitario. Las perlas blancas son producto de las ostras sanas, las rosadas de las afectadas por la bilis, y de las que padecen fiebre las negras.

Estas últimas han alcanzado gran estimación, y se dice que las puso en boga la emperatriz Eugenia, que las poseía soberbias, y á la caída del imperio el joyero Christie, de Londres, vendió un collar en más de 4.000 libras esterlinas.

Ultimamente las perlas rosadas han perdido algo de su valor; pero, á pesar de ello, los ejemplares de hermosa película y buena forma valen á razón de 50 libras esterlinas por grano, cuando pesan de 30 á 40.

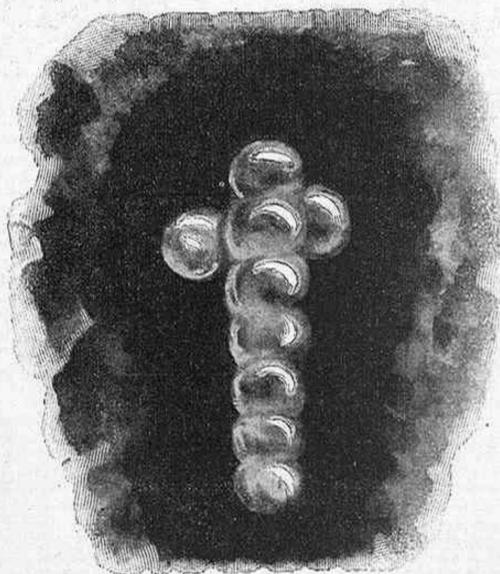
Las antiguas pesquerías de perlas estaban situadas principalmente en el Océano Indico y Golfo Pérsico; pero ahora se verifican en otras muchas partes. Los criaderos de Australia han proporcionado algunas muy hermosas. La América Central las tiene en el golfo de California y bahía de Panamá, y hay pesquerías en grande escala en Ceilán, en las inmediaciones de la isla de Manaar y en Jutscosin, por la parte de Madrás. En realidad los Océanos Indico y Pacífico están sembrados de pesquerías de perlas.

Las perlas de agua dulce se encuentran en el hemisferio Norte, en Escocia, Principado de Gales, Laponia, Canadá y Sajonia. Las pesquerías escocesas fueron importantes durante muchos años; pero han disminuído mucho por haberse agotado los criaderos por exceso de pesca; las más considerables hoy son las de Sajonia, que están bajo la dirección del gobierno, y sólo se permite la pesca en épocas determinadas, dejando que transcurran diez ó quince años

antes de que se vuelva á pescar en el mismo yacimiento, á fin de que las perlas adquieran todo su desarrollo.

Las perlas fluviales de Escocia fueron famosas en la antigüedad, y se cuenta que Julio César regaló una coraza adornada con perlas á Venus Genitrix.

Por muy buenas que sean



La cruz del Sur, extraordinaria agrupación natural de nueve perlas



La perla mayor que existe en el mundo, de forma de pera y conocida por la perla Hope.

buzos, acompañado cada cual por dos mandaks ó ayudantes.

Al llegar al sitio designado se echan anclas y se arrian las velas, y los vaporcitos del gobierno comienzan á patrullar, á fin de que ninguna barca se aparte del sitio que se le ha marcado. Suena un cañonazo, que indica el principio de la faena, y de los costados de los botes se lanzan al mar los buzos, de los que los mejores son los árabes. Para más fácilmente llegar al fondo, átanse al pie trozos de granito de más de 40 libras de peso. No llevan más aparatos que un cesto para poner las ostras y una lanza para espantar los tiburones ú otro enemigo que se presente, lo que rara vez sucede.

El tiempo que por regla general permanecen bajo el agua es de 60 á 80 segundos; pero se ha dado el caso de permanecer hasta seis minutos.

Terminada la pesca, se forman con su producto tres montones, de los que dos son para el gobierno y el otro para los buzos, vendiéndose luego en pública subasta las ostras en lotes de mil.

La mayor pesca hecha en una sola noche ha sido de 1.867.600 ostras.

Desde allí marchan las perlas para ser distribuídas por todos los mercados del mundo. Algunas de las más pequeñas van á parar á los palacios de los príncipes de la India para ser molidas y mezcladas con el betel, que chupan aquellos indolentes magnates como prueba de su fausto y riqueza.

Hace muy poco se puso á la venta en Londres una perla de la famosa colección de Lady Dudley, periforme y de 206 granos de peso, vendiéndose á los pocos días en 16.000 libras esterlinas.—R.

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias, Jaqueca, Ciática.
 CLIN y COMAR - PARIS
 En todas las Farmacias. 650

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et Co. 81 St-Denis, 16

Reumáticos y Gotosos!
 Tratado curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
 (DOS SIGLOS DE ÉXITO)
 No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
 el Reumatismo, el Artritis, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.
 Fca PLANCHE en Marsella (Francia).
 En todas las Farmacias bien surtidas.

INFLUENZA RACHITIS
 ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
 CARNE-QUINA-HIERRO
 El más poderoso Regenerador.

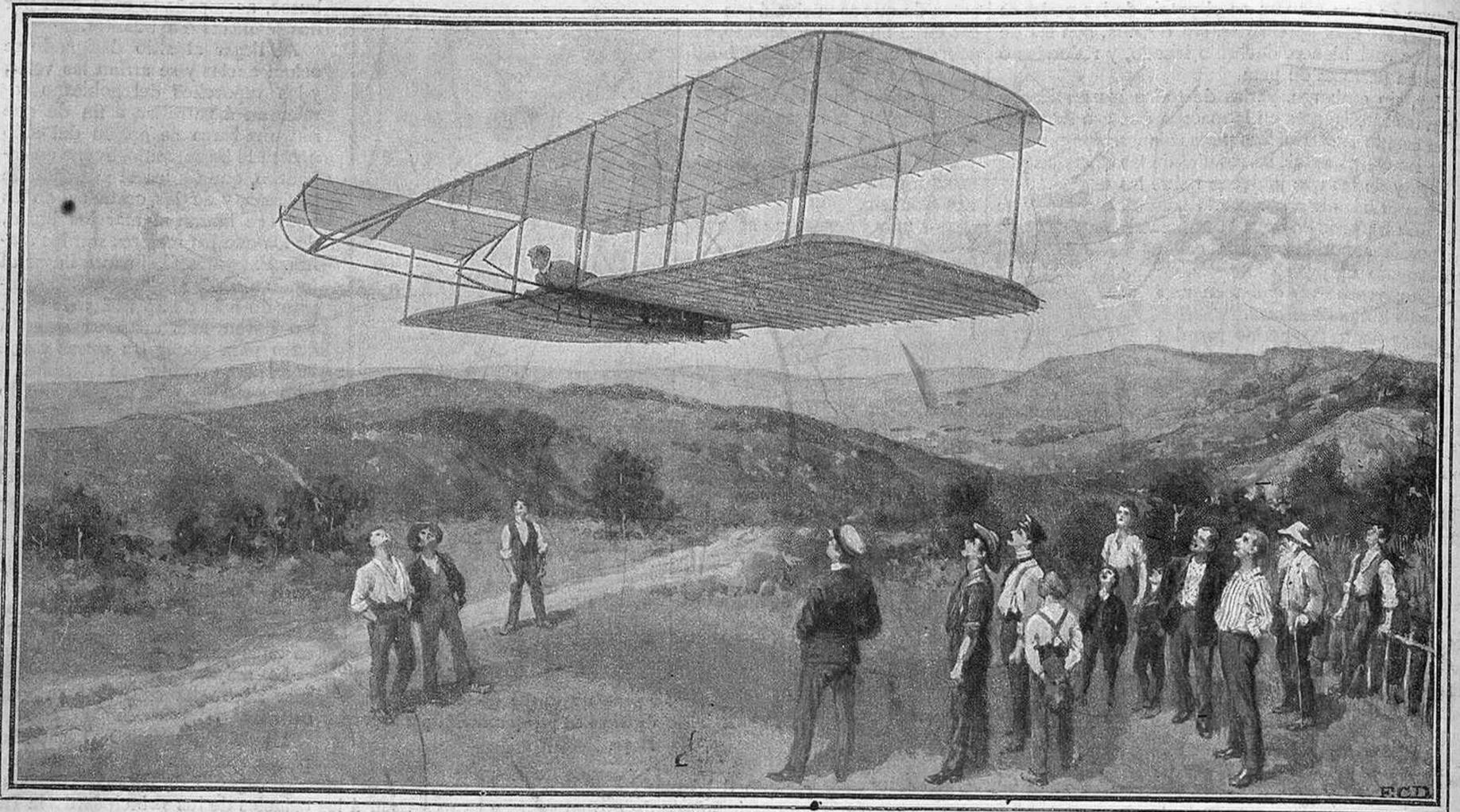
LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
 SIEMPRE SON INMEJORABLES

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a Arma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES de la PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Esputos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.



UNA MÁQUINA DE VOLAR, QUE LO HA EFECTUADO CONTRA EL VIENTO

Dos hermanos, de apellido Wright, de Dayton, Ohio, E. U., que hace tiempo se dedicaban á hacer experiencias con cometas y globos aerostáticos, los han hecho recientemente con una nueva máquina de volar, en la que va tendido por completo el viajero y que tiene la forma de una cometa, llevando un timón en vez de cola. La armazón está recubierta de paño, así en la parte superior como en la inferior. Es bastante ligera para poder sostener en el aire su peso y el de una persona. La má-

quina es lanzada al aire meramente empujándola desde una altura. Puede dirigirse en la dirección que se quiera y bajar á tierra á voluntad. Es lo bastante fuerte para resistir repetidos viajes y las alas han sido probadas con un peso seis veces mayor de el que sostuvieron el mes pasado en las experiencias hechas en Kitty Hawk, Carolina del Norte, en cuyas cercanías fué lanzada al aire la máquina desde la cima de una colina de arena. El aeroplano al principio descendió, pero á medida que el mo-

tor, colocado en la parte inferior, fué aumentando el número de sus revoluciones, comenzó á subir lentamente y sin balances por los aires. Cuando estuvo á sesenta pies de altura, el motor posterior principió á funcionar, impulsando á la máquina voladora en sentido contrario á la dirección del viento. Después de haber recorrido una distancia de tres millas Mr. Wright la hizo descender suavemente hasta el suelo, sin dificultad ni tropiezo alguno.

PAPIC ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS DRES
JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ca} G. SEGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exíjase en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE
 Curado por el Verdadero. Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de exito.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN